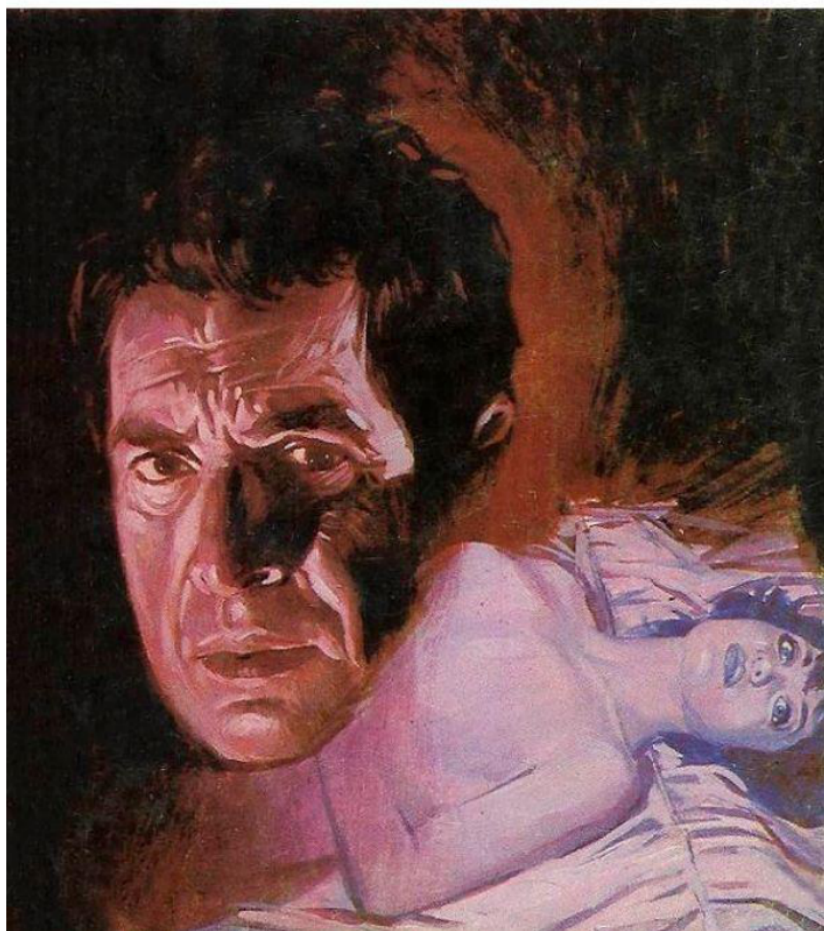
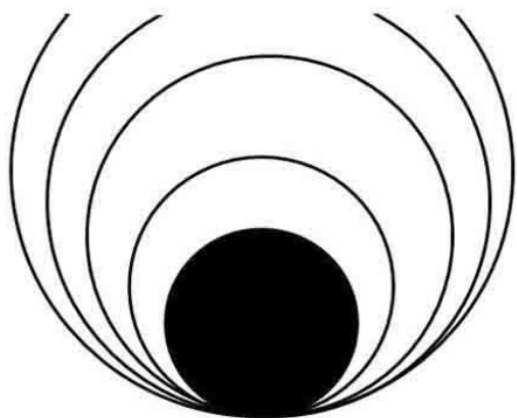




FURIA EN LA NOCHE

Albert Rosbund





PUNTO ROJO



ALBERT ROSBUND

**FURIA EN
LA NOCHE**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 884
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 6.111 - 1979

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: abril, 1979

© Albert Rosbund - 1979

texto

© Jorge Sempere - 1979

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1979

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

428 — Stagecoach.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

362 — Rural de Texas.

En Colección PUNTO ROJO:

874 — Lo siento, muñeca.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.488 — Un sucio asunto.

CAPÍTULO PRIMERO

Me las prometía muy felices con Susy aquella noche. Ibamos por la primera botella de champaña, ella se había quitado los zapatos y yo la corbata.

Entonces, sonó el teléfono.

Con evidente fastidio me desprendí de ella, me acerqué a la mesita donde descansaba el aparato y descolgué el auricular.

—¡Coburn al habla! —exclamé, frase habitual en mí cada vez que tomo el teléfono en la oficina.

—¡Joe...!

—¿Sí? —arrugué la nariz, pues no estaba muy seguro de haber identificado la voz. Parecía la de...

—Joe, soy yo. Richard.

—¡Diablos, Richard! ¿Por qué hablas así?

—Oyeme, la chica se ha movido.

—Vaya, por fin.

—Y la cosa no me gusta nada.

—¿Qué ocurre?

—Se ha trasladado a un motel de Rockaway, The Blue Bird.

—¿Y?

—Ha alquilado una cabaña. Al poco, ha aparecido un lujoso coche y de él ha descendido una mujer. Ésta se ha dirigido directamente a la cabaña donde se encuentra nuestra chica.

—Hum...

—Me gustaría que vinieras, Joe. Cuando salgan, posiblemente se separen y entonces convendría que cada cual siguiera a una. Entretanto, yo trataré de averiguar qué hacen. No parece una cosa muy limpia.

—Bueno, tal vez se trate de un caso de lesbianismo. Ya sabes cómo está hoy día el mundo.

—Mejor que vengas.

—*Okay* —acepté de mala gana, sin mirar a Susy porque sino mi respuesta hubiera sido otra.

—Te espero. The Blue Bird, en Rockaway Beach, no lo olvides.

—No lo olvido.

Colgó. Colgué. La miré.

La buena de Susy se había puesto aún más cómoda (para ella la comodidad consistía en la ausencia de ropas) y bebía a pequeños sorbitos en la copa de champaña.

Tomé la corbata y, mientras me la anudaba, dije:

—La fiesta se ha terminado, encanto. El trabajo me llama. Lo siento.

—¡Oh, Joe...! —Fue a protestar.

—Ya sé que casi siempre ocurre igual, pero ¿qué quieres que le haga? Mi profesión exige...

—¡Estoy de tu profesión hasta las narices!

Me encogí de hombros por toda respuesta. Fui a por mi chaqueta. Ella gritó:

—¡No hace más que frustrarme!

Regresé con la chaqueta puesta y el chato revólver calibre 38 en el bolsillo.

—¿Te quedas o prefieres que te deje en casa?

—Me las sé arreglar sola.

—Como quieras. Yo tengo prisa. No te olvides de apagar las luces. Luego el recibo de la luz sube que es un gusto. Adiós, preciosa.

No me respondió. Estaba enfadada, evidentemente. Yo lo sentía tanto como ella. Pero el trabajo es el trabajo. El asunto de Anny Murray era el que en aquel tiempo llevábamos entre manos Richard y yo, y la cosa consistía en trabajar por las noches. Nos turnábamos. Hasta ahora no habíamos tenido suerte. Esta noche, sí.

Yo vivía en la East 85th Street, cerca del Brooklyn Terminal Market. Tomé mi coche y salí a la Flatlands Avenue, luego a la Ralph Avenue y más tarde a la Flatbush Avenue, la famosa avenida que cruza en diagonal todo el *borough* de Brooklyn. No me encontraba muy lejos del motel donde se hallaban la chica y mi socio Richard Kelly.

Salvé el Atlántico gracias al Marine-Parkway Bridge, pagué los veinticinco centavos de peaje, dejé atrás el Jacob Riis Park y en

seguida encontré el motel de marras. The Blue Bird, anunciaba el monumental letrero con potentes luces de neón. Un ave semejaba volar al encenderse y apagarse sus alas azules.

Entré en el espacioso *parking* y busqué con la mirada el coche de Richard. No lo vi. Tampoco a él.

Estacioné el coche y encaminé mis pasos hacia el edificio central. Allí se encontraban juntos el bar, el restaurante, la discoteca y la oficina de alquiler de cabañas, tal vez esto último el negocio más productivo del motel. La suave brisa marina procedente de la cercana playa acariciaba mi rostro y revolvía mis cabellos, produciéndome una sensación de bienestar.

Entré en el bar y no encontré nada. Entré en el restaurante y sólo vi señoras y señores que hacían ejercicio de mandíbulas. En la discoteca los jóvenes movían las caderas al ritmo de lo que un *disc-jockey* histérico les programaba desde la cabina. De Richard Kelly, copropietario de la

Coburn & Kelly

Investigations, ni rastro.

No me di por vencido. Comencé a hacer preguntas. Ni en la discoteca ni en el restaurante habían visto a mi socio. En el bar, sí.

—Entró aquí unos instantes —me informó el que atendía la barra—. Justo el tiempo que invirtió en telefonar.

—¿Luego salió?

—Sí, señor.

—¿Y no volvió a verlo?

—No, señor.

—Gracias.

De nuevo me encontré en el *parking*. Ahora revisé los coches uno a uno. En ningún lado estaba el «Chevrolet» de Richard. También observé que allí no había estacionado ningún coche lujoso. Yo sabía que Richard entendía por coche lujoso, de una *limousine* para arriba. Y en el *parking* no había nada de eso.

Extraño.

Sí, me dije que todo aquello era extraño. Muy extraño. Si Richard había tenido que marcharse urgentemente, lo lógico era dejarme una nota. Así trabajábamos siempre.

Bueno, me quedaba la oficina.

Allí me dirigí.

La chica que atendía la taquilla de alquiler de cabañas era una rubia de muy buen ver. Melena larga y sedosa, rostro precioso, senos altos y enhiestos, estaba sentada y ya no se le podía ver más.

Le dije que no quería alquilar cabaña alguna. Y acto seguido le hice una buena descripción de mi socio.

Su respuesta fue no.

—¿Y qué me dice de esta chica? —Le mostré entonces una foto tipo carnet, que llevaba encima de Ann Murray.

Dudó.

—Ella sí está aquí. Llegó hace un rato.

—Bueno, sí... pero ¿quién es usted? Tengo prohibido hablar de la clientela.

—Comprendo. Mi nombre es Joe Coburn. Soy detective privado. ¿Podría hablar unos momentos con el dueño o el encargado de este motel?

—Hay un gerente...

—Bien, con él.

—Siga por ese pasillo de la izquierda. Verá una puerta pintada de azul al fondo, con el letrero de *Private*. Allí le atenderán.

—Gracias.

Para llegar al despacho de Guy Hamilton, que era como se llamaba el gerente del motel, tuve que salvar otra chica rubia de muy buen ver. Ésta se encontraba en el antedespacho y era la secretaria del tal Hamilton.

El gerente del motel era un hombre de mediana edad, ni muy alto ni muy bajo, ni muy simpático ni muy antipático. Vestía con elegancia, fumaba cigarrillos «Winston» y lucía un bonito pedrusco en el dedo anular de la mano izquierda. Parecía muy atareado con una serie de papeles que poblaban su mesa escritorio.

Tomé asiento frente a él, después de las presentaciones y saludos de rigor. Fui al grano inmediatamente porque él no tenía mucho tiempo que concederme.

—En fin, señor Coburn —comenzó a decir una vez hube finalizado de hablar—, creo que en lo que respecta a su socio, poco puedo ayudarle. Usted ya ha hecho las investigaciones pertinentes. Estuvo aquí, llamó por teléfono, eso lo ha comprobado en el bar, y después debió largarse, puesto que ni él ni su coche se encuentran en ningún lado de este motel.

—Pero es que no puedo creerlo...

—¿Por qué?

—Richard, mi socio, me hubiera dejado alguna nota en el bar...

—Tal vez llevara mucha prisa.

—La chica, Ann Murray, alquiló una de sus cabañas. Eso quiere decir que pensaba pasar aquí la noche, o al menos unas cuantas horas. La única razón para que Richard se largara es que Ann Murray decidiera irse de pronto. Pero ¿por qué si acababa de tomar una de las cabañas? Además, parece ser que recibió una visita, Una señora que conducía un coche lujoso, tal vez fuera una *limousine*.

—Bueno, sólo se me ocurre una cosa: que la tal Ann Murray se fuera, y su socio tras ella, es la única posibilidad que cabe.

—Sí —asentí, pues era lo que pensaba desde hacía varios minutos y me había hecho dirigirme a la oficina—. ¿Podríamos comprobarlo?

—Por supuesto —se ofreció amablemente.

Nos pusimos en pie, salimos del despacho y nos dirigimos hacia la taquilla.

El me dejó llevar la voz cantante.

Le volví a mostrar a la chica rubia de muy buen ver la foto de Ann Murray.

—Dijo que la conocía, ¿no?

—Puede hablar con entera libertad, señorita Ferguson —le dijo su jefe.

Entonces ella asintió con la cabeza.

—¿Se inscribió como Ann Murray?

—No.

—¿Cómo?

—Dijo llamarse Lorna Harper.

—Bien. ¿Qué cabaña le asignó?

—La número diez.

—¿Para cuánto tiempo?

—Sólo para esta noche.

—Ajá. ¿Podemos ir a esa cabaña número diez? —le pregunté entonces a Guy Hamilton.

—Bueno...

—Perdonen, pero...

—¿Qué ocurre? —preguntó su jefe.

—Esa chica, la de la foto, se marchó ya.

—¿Cómo es eso? —exclamé yo.

—Sí, se marchó ya —cabeceó la linda señorita Ferguson—. Al poco rato de alquilar la cabaña, apareció por aquí y dejó la llave.

—Humm... —murmuré.

—No me extrañó mucho —siguió diciendo la chica rubia de muy buen ver—. Cosas así suceden a menudo. Les falla la cita y...

—Esta vez no le falló la cita —la interrumpí yo—. Ella recibió una visita en la cabaña.

La señorita Ferguson parpadeó sorprendida. Yo me dirigí al gerente:

—¿Podemos ir a echar un vistazo a esa cabaña? —le pregunté.

—Por supuesto.

—Gracias.

—La llave, señorita Ferguson.

Ambos salimos al exterior y por un sendero de grava nos encaminamos hacia el espacio donde se hacinaban las cabañas de alquiler.

La número diez correspondía a la categoría más modesta. Guy Hamilton abrió la puerta con la llave, entró y le dio al interruptor de la luz. Entonces me decidí yo también a pasar.

El interior se componía de una pieza única, con la excepción del pequeño lavabo. Pues bien, todo estaba en completo orden y no había el menor rastro de las dos mujeres, ni tampoco de mi socio. Parecía que aquella cabaña no la había pisado nadie.

—Está claro que se fueron —comentó Guy Hamilton—. Las dos, si es que en verdad recibió una visita.

—Mi socio nunca miente.

—Perdone. No he querido decir eso.

—Está bien.

—Yo creo tener una explicación, si me permite exponérsela.

—Adelante. Me hacen falta ideas.

—Puede que esa chica Ann Murray no pensara pasar la noche aquí. Puede que sólo alquilara la cabaña para celebrar una entrevista privada.

—Y una vez realizada ésta, se largara.

—En efecto.

—Y mi socio detrás.

—Eso es.

—Y como yo tardaba en llegar, me dejó plantado.

—Sí.

—Pero ¿por qué no me dejó un aviso, una nota?

Guy Hamilton se encogió de hombros. Para eso no tenía respuesta.

Yo tampoco... por ahora.

Le di las gracias por todo, él se dirigió hacia su oficina y yo me encaminé hacia mi coche.

Ya dentro de él encendí un cigarrillo y traté de reflexionar. No logré encajar las piezas. Sólo se me ocurrió emprender el camino de casa de Ann.

La señora Dora Porter y su hija Ann vivían en un moderno edificio de Greenpoint, casi rozando con el vecino *borough* de Queens y con el East River como líquido elemento de separación del de Manhattan. El edificio se levantaba exactamente en la Eagle Street, cerca de su cruce con la Franklin Street. Enfrente, al otro lado del East River, se encontraban la New York University Medical Center, el Bellevue Hospital y el Veterans Hospital. Precisamente en el segundo trabajaba como enfermera la señora Porter, lo que me hizo pensar que la ubicación del domicilio particular era de todo punto intencionada, para así estar bien cerca del lugar de trabajo.

Encontré fácilmente estacionamiento y poco después pulsaba el botón número nueve del panel que había sobre el interfono de la calle. No esperaba que estuviera la señora Porter porque sabía muy bien que ella esa noche tenía guardia. Era por ello que uno de nosotros estaba vigilando a su hija.

—Esperaba que Ann Murray estuviera en casa ya y pudiera explicarme cara a cara qué había hecho en las primeras horas de la noche.

Me quedé con las ganas. Nadie contestó. Nadie abrió. Pulsé otra vez, por si acaso.

Al final lo dejé y me dirigí a una cabina pública de teléfono. Marqué el número del apartamento de Richard y el teléfono sonó y sonó sin que nadie se preocupara de descolgarlo. Luego marqué el número de nuestra oficina y sucedió otro tanto. Por último, decidí llamar a mi propia casa y ocurrió cuatro cuartos de lo mismo: la bella Susy me había abandonado.

Encendí un nuevo cigarrillo y consulté la hora. Eran las once de la noche. Podía irme a casa y esperar que Richard diera señales de vida. Pero ¿y si estaba en un serio aprieto?

¿Por qué en un serio aprieto? ¿Por qué había pensado eso?

El caso de Ann Murray no era nada del otro mundo. El típico caso de la señora que quiere saber lo que hace su adorada hijita por las noches, cuando ella, por causa de su trabajo, tiene que estar ausente. La señora Porter había comprobado en varias ocasiones, llamando telefónicamente desde el hospital, que su hija no estaba en casa, puesto que nadie cogía el aparato. Así pues, desde que nos habíamos hecho cargo del caso Richard y yo, la primera noche que faltó la señora Porter se ocupó de la vigilancia mi socio, sin ningún resultado. Ann Murray no se movió de su domicilio. La segunda noche me tocó a mí, y también la joven —diecinueve años— se comportó como las muchachitas decentes de la época de la depresión. Ahora estábamos en la tercera noche y por fin había existido movimiento.

—Pero este movimiento no me estaba gustando nada. ¿Para qué alquilaba Ann Murray una cabaña de motel por unos minutos? ¿Con quién se había entrevistado? ¿Dónde infiernos se había metido Richard? Lo que menos me gustaba era esto último. Richard y yo éramos dos tipos muy bien compenetrados, desde la lejana época de Vietnam, en donde servimos, ¿a quién, exactamente?, juntos.

Richard había requerido mi ayuda. Richard sabía que iba a acudir al motel. ¿Por qué Richard se había largado sin dejarme un simple aviso?

Todavía eso me calentaba la cabeza y yo sabía que no podría dormir esa noche hasta que no hallara una respuesta. Decidí al final ir a visitar a la señora Porter. No podía estarme quieto.

CAPÍTULO II

La señora Dora Porter no alcanzaba los cuarenta años de edad. Era una mujer morena, menudita, mona, simpática, que inspiraba comprensión y confianza nada más verla. Con su impoluto uniforme de enfermera sólo le faltaba el palito con la estrella brillante en la diestra para parecer un hada madrina.

Yo sabía bastante sobre la historia de la señora Porter, porque el día que apareció por nuestra oficina se confesó con nosotros. El que su hija se llamara Ann Murray y ella Dora Porter creaba alguna confusión.

Dora Porter había tenido unos amores locos con un hijo de papá, Lewis Cavanagh Jr., gracias a los cuales sólo consiguió quedar embarazada. Ella contaba por aquel entonces diecinueve años, poca experiencia y ninguna influencia, perteneciendo a una familia de clase media, tirando hacia abajo. En cambio, Lewis Cavanagh Jr., era todo lo contrario. No consiguió, ni siquiera por los medios legales, que la recién nacida fuera reconocida como hija del heredero de Lewis Cavanagh, propietario de importantes negocios hoteleros. Terminó sus estudios de enfermera, más tarde conoció a un joven llamado James Murray, que ejercía como practicante, y contrajo matrimonio con él. James Murray adoptó a la niña como hija suya y le dio su apellido. Poco más pudo hacer por ella porque murió un año más tarde, en un desgraciado accidente de tráfico: un coche lo embistió al cruzar un semáforo. Unos años después la viuda trabajó amistad con un médico oftalmólogo llamado Gerald Porter, y aquello terminó en boda. Pero la cosa no duró para toda la vida, como te quieren hacer creer las personas que nunca se casan, y digo yo que tal vez sea porque no creen ni en lo que predicán. Precisamente en aquellos días se encontraban en trámites de divorcio, porque cuando no hay amor lo mejor es separarse y no convertir la vida de cada uno en un infierno por cumplir con un

bonito precepto de uno que se divorció de sus hijos... a pesar del mucho amor que les profesaba, y que según unos cuantos ciegos aún les sigue profesando. Por tanto, la señora Dora Porter aún continuaba siendo Dora Porter, aunque por poco tiempo.

Llegó al amplio *hall* donde yo la esperaba un tanto nerviosa e inquieta.

—¿Ocurre algo, señor Coburn? —me preguntó cómo saludo.

—Tranquilícese, señora Porter, y no se alarme por lo que voy a decirle. Imagino que usted debe ser una mujer capaz de controlar sus nervios, una enfermera requiere de esa capacidad...

—Adelante con lo que sea, señor Coburn.

—Bien. Sucede que tanto su hija como mi socio han desaparecido. No sé nada de ellos.

—¡Oh, Dios!

Una exclamación como otra cualquiera, tópica. En realidad debía haber exclamado: «¡Oh, señor Coburn!», porque yo era la persona en la que había confiado, junto con mi socio, para aclarar las escapaditas de su hija Ann.

A continuación le puse al corriente de cuánto sabía. Después le pregunté:

—¿Su hija le había hablado de algo en especial que fuera a hacer esta noche?

—No, nada en absoluto. Cuando hablé con su socio esta tarde, por teléfono, así se lo hice saber.

—Ya.

—¿Le importa que llame a casa?

—No. Me parece bien. Tal vez haya regresado su hija.

La acompañé hasta el teléfono público. La llamada resultó un rotundo fracaso.

A requerimiento mío me pasó el auricular, introduje unas monedas y llamé a casa de Richard. Nada. A nuestra oficina. Nada. A mi casa. Nada. Colgué, recuperé las monedas y me quedé mirándola.

—¿Qué piensa, señor Coburn?

—Esto no me gusta nada.

—¿Cree... cree que ella puede estar en peligro?

—Sí. Ella y mi socio.

—Pero ¿en qué lío puede haberse metido esa chiquilla?

—¿Chiquilla? Su hija tendrá diecinueve años, pero está mucho más crecida que las chicas de esa edad. Y la verdad es que no lo entiendo. Lo primero que había pensado (lesbianismo, no se lo dije) lo he descartado ya. Lo sucedido en el motel sugiere el intercambio de algo.

—¿Qué quiere decir?

—Dos personas se citan en un motel. Cada una llega por su lado. Se reúnen sin que nadie les vea. Intercambian lo que tengan que intercambiar. Y luego de nuevo cada una sigue su camino.

—¿Y qué cosa pueden intercambiar?

—¡Ah, si yo lo supiera...!

—Toda esa historia suena a relato de espionaje, pero mi...

—Pero su hija no puede ser una espía. Sí, ya lo sé, señora Porter.

—¿Drogas, tal vez? —me preguntó tímidamente.

—Era en lo que estaba pensando, sí. ¿Tenía su hija un comportamiento normal? Me refiero a lo psíquico...

—Sí.

—¿Ha observado algunas marcas extrañas en sus brazos o en sus muslos?

—No.

—Muy bien. A lo mejor no es drogadicta, sino traficante.

—¿Que... que la vende?

—Oh, vamos, señora Porter, no se asuste. Sólo estoy apuntando posibilidades. Y lo hago en voz alta para que usted pueda ayudarme.

—Sí, sí. Pero usted está pensando en eso. Ha recordado que yo les comenté que últimamente mi hija parecía gastar más dinero de lo que era habitual en ella, teniendo en cuenta su sueldo como dependienta de unos grandes almacenes.

—En efecto. No quiero engañarle. Usted es mi cliente.

—Tal vez sea otra cosa.

—Por supuesto que sí. De todas formas, tengo que moverme. He de dar con ellos... ya que parece que ellos han desaparecido.

—Oh, no sé qué pensar —se pasó una mano por la frente, ciertamente preocupada.

—La verdad es que tengo muy poco para empezar. El motel es una pista muerta. Quedarme a esperar que aparezcan, cuando a lo mejor nunca aparecen —noté cómo sus ojos se humedecían, pero yo

siempre digo lo que pienso, aunque esto sea lo más negro y pesimista del mundo—, no va conmigo. Por tanto, como le acabo de decir hace un instante, necesito moverme. Investigar sobre mi socio es una inutilidad porque lo poco que sabía del asunto lo sé yo, y lo que ahora, esta noche, haya averiguado lo lleva él únicamente. Pienso que he de investigar sobre su hija. Como usted apenas sabe sobre estas escapadas, por eso nos contrató, tal vez interrogando a algunas amistades de su hija averigüe algo. ¿Qué me puede decir de esas amistades, señora Porter?

—Pues no mucho...

—¿Acaso su hija no tiene amigos y amigas?

—Sí, sí, Claro que sí. Pero sólo puedo decirle nombres: Bill, Sarah, Eleonor, Kathy, George... Y darle alguna descripción, como la de Sarah, que ha estado en casa un par de veces.

—Pero no sabe sus apellidos ni sus direcciones, ¿no es eso?

—Así es. En realidad sólo puedo facilitarle la dirección y nombre de una amiga, la más allegada se puede decir.

—Bien. Más vale una que nada. Y si se trata de una de las amigas íntimas de su hija, mejor que mejor.

—Si es tan amable de esperar un momento...

—Por supuesto.

—Tengo los datos apuntados en mi agenda, en el bolso. Los apunté cierta ocasión que tenía que pasarme por allí para recoger a mi hija. En seguida vuelvo.

Entretuve el tiempo jugando a las llamadas telefónicas. De nuevo me quedé sin gastarme un centavo. Era bonito el juego. Y también preocupante.

Cuando regresó la señora Porter, memoricé fácilmente los datos. Mirna Cassidy. 70th Street. Bensonhurst. Brooklyn.

Eso se encontraba en el sur, más abajo de Borough Park. Allí me trasladé con el coche, después de despedirme de la señora Porter prometiéndole que no cejaría en el empeño hasta resolver el asunto. Pasaban unos minutos de las once y media de la noche.

CAPÍTULO III

Sacar de la cama a Mirna Cassidy a las doce menos cuarto de la noche, valió la pena.

Y no lo digo porque lo que iba a contarme fuera a resultar importante.

Lo digo por ella, como mujer.

Se trataba de una trigueña alta, que me llegaba a la altura de la nariz —y pocas mujeres pueden jactarse de llegarme a esa altura o sobrepasarla—, de cuerpo majestuosamente esculpido, cosa que se podía apreciar gracias al cortito camisón semitransparente que lucía. Su edad oscilaría sobre los veintiún años, poseía unos hermosos ojos verdegrisáceos, una naricilla algo respingona y una boca encantadora y atrayente, de labios gordezuelos, y sus piernas podían muy bien haber hecho palidecer a la Angie Dickinson de los buenos tiempos.

—¿Qué hay? —me preguntó con soltura, sacándome de la abstracción.

—Perdone que haya interrumpido su sueño, señorita Cassidy...

—Estaba leyendo. Dígame quién es usted y qué quiere. También cómo sabe mi nombre.

—Me llamo Joe Coburn y soy detective privado —le mostré a continuación mi licencia de investigador—. La señora Porter me facilitó sus datos.

—¿La señora Porter?

—La madre de Ann Murray.

—¡Ah, ya!

—Desearía me concediera unos minutos. Estoy trabajando en un asunto importante, bastante extraño.

—Bueno... —Se mostró un tanto indecisa.

—Tiene que ver con Ann Murray —agregué al momento—. Tengo entendido que usted es una de sus mejores amigas.

Esto pareció convencerla totalmente. Se hizo a un lado y me franqueó el paso.

Nos instalaremos en el *living-room*. Ella no se preocupó de ir a buscar un batín y yo no me preocupé de llamarle la atención.

—¿De qué se trata? —me preguntó, cruzando las piernas diabólicamente.

Saqué mi cajetilla de cigarrillos y le ofrecí. Aceptó y fumamos.

—Ya le adelanté que se trata de Ann Murray —le respondí lanzando la primera bocanada de humo—. De Ann Murray y mi socio, Richard Kelly, detective privado como yo. Sucede lo siguiente...

Rápidamente le puse en antecedentes. Ella me escuchó con mucha atención, dando lentas y profundas chupadas al cigarrillo.

—¿Y bien? —inquirió al final.

—¿Sabe usted algo de ella, de Ann?

—No.

—¿Desde cuándo?

—Desde esta tarde.

—Así que esta tarde se vieron...

—Como todas las tardes de días laborables. Ella y yo trabajamos en el mismo lugar.

—Ajá.

Ella descruzó las piernas y alargó su brazo derecho para apagar el cigarrillo en el cenicero que había sobre la mesita ratona.

Yo continué apurando mi pitillo. Y pregunté:

—¿Le contó qué pensaba hacer esta noche?

—No.

—¿Nada?

—Nada.

—Bien. Vayamos a otra cosa. ¿Le había hablado sobre sus escapadas nocturnas?

—No.

—¿Ningún comentario, ninguna mención superficial...?

—Nada en absoluto. La primera noticia que he tenido sobre ello ha sido al hablarme usted.

—¿Era usted consciente de que ella gastaba más de lo que cobraba?

—No. Yo no podía controlarla hasta ese punto. Ahora bien, si su

madre lo ha declarado así, supongo que será verdad.

—¿Sabe si se drogaba?

—No creo.

—¿Tal vez las vendiera?

—Jamás me habló de ello.

—¿Notó algún cambio en su carácter últimamente? —Y al hacer esta pregunta me incliné hacia adelante para estrujar la colilla en el cenicero.

—Pues... tal vez sí. Parecía algo más preocupada, más reconcentrada. Eso no era habitual en ella. Ann es una muchacha bastante extrovertida.

—¿No le habló de sus preocupaciones? A veces es más fácil confesarse con una amiga que con una madre...

—Le pregunté en un par de ocasiones, pero ella desvió en seguida el tema.

—Ya.

—Sobre todo cuando le mencionaba a Percy.

—¿Percy? ¿Quién es? No recuerdo haberle oído nombrar a la señora Porter.

—Yo le preguntaba si ese ligero cambio en su forma de ser era debido a algún disgusto tenido con él.

—Pero ¿quién es ese Percy? —insistí.

—Un joven, alto, bien parecido, elegante, con toda la pinta de un *gigoló*. Sólo lo he visto un par de veces y no creo equivocarme en mi apreciación.

—¿Ann salía con él?

—Sí. Por lo menos hasta el mes pasado.

—¿Qué quiere decir?

—Bueno, últimamente no sé si habían discutido o qué. Ya le digo que Ann empezó a mostrarse más retraída. Desde el mes pasado no lo he vuelto a ver a él esperándola a la salida de los grandes almacenes.

—¿Sabe si eran novios?

—No creo.

—¿Y el apellido de él?

—Ni idea. Nunca lo nombró ella. Percy para acá, Percy para allá. Sólo eso. Y únicamente en las primeras semanas. Luego pasó al mutismo.

—Interesante —murmuré pensativo. Me puse en pie y pregunté —: ¿Puedo usar el teléfono?

—Todo lo que quiera.

—Gracias.

Hice las tres llamadas de rigor. A casa de Richard, a la oficina y a mi casa. (He olvidado decir que mi socio posee llave de mi casa). No conseguí ningún resultado.

—¿Sin noticias? —me preguntó ella.

—Sin noticias —le respondí yo.

Aún hice una cuarta llamada. A casa de la señora Porter. Tampoco nadie cogió el teléfono.

Me quedé mirando a Mirna Cassidy con evidente fastidio porque no veía salida para el asunto. También me dije que ella era muy hermosa y que si no fuera por lo dramático —al menos para mí— de la situación bien valdría la pena intentar hacerle el amor.

—Me dijo que ese tal Percy tenía toda la pinta de ser un *gigoló*, ¿no?

—Sí.

—¿Tiene usted buen ojo clínico?

Ella se encogió de hombros.

—Bien. Lo comprobaré. Es lo único que usted me ofrece y voy a intentar sacarle el mayor partido. Tal vez encuentre a alguien que sepa de un *gigoló* llamado Percy. Tengo algunos contactos.

—¿Cree que él pueda saber algo de Ann?

—No sé, la verdad. Pero más vale intentar eso que quedarme sentado en un butaca esperando. ¿No recuerda nada más sobre Ann que pudiera ser de interés?

—En estos momentos, no.

—¿No le comentó estar metida en algún... negocio?

La sugestiva hembra movió su linda cabecita de un lado a otro.

—Bueno, no la molesto más. Voy a marcharme.

Ella se puso en pie y dijo:

—Me gustaría ayudarle.

Yo la miré fijamente.

—Podría hacerlo, pero...

—¿Qué?

—No quiero quitarle horas de sueño. Mañana tendrá que madrugar para ir al trabajo.

—Mañana no.

—¿Cómo es eso?

—Mañana libro.

—¡Vaya casualidad!

—Por eso no estaba dormida cuando usted llamó, y me entretenía leyendo. ¿Había pensado en algo para mí?

Había pensado algunas cosas, sí, pero me parecía demasiado fuerte decírselas de sopetón, a palo seco, nada más conocernos. Así que sólo le dije lo que podía hacer si deseaba colaborar un poco en el caso.

—Mientras yo trato de localizar a ese tal Percy, el posible *gigoló*, ¿le importaría a usted trasladarse con su libro de lectura a mi casa? Así, caso de que telefonara mi socio, alguien podría tomar el recado. De vez en cuando también podrá telefonar a casa de su amiga, por si ella apareciera por allí.

—Hum. Menudo trabajito me ofrece. De encargada de centralita.

—Es una ayuda pequeña, pero importante. Prometo resarcirla otro día del aburrimiento de estas próximas horas.

—Bueno, esa oferta ya está mejor. Espere, que voy a cambiarme.

CAPÍTULO IV

A las doce y media de la noche dejé en mi casa a la amiga íntima de Ann Murray. La confianza ya reinaba entre nosotros: ella había empezado a llamarme Joe y yo a ella Mirna.

Un cuarto de hora más tarde pisaba el East New York. Me colé en un bar de Pitkin Avenue. Mucho humo, mucho ruido, mucho mal olor. Aparte había también mucha golfa y mucho golfo. Pero todo era soportable con tal de encontrar a quien yo buscaba. Y éste, Louis Falk, era un parroquiano habitual del antro en que me hallaba.

La verdad es que no lo vi al primer vistazo. Me acerqué a la barra.

—¿Qué va a tomar? —me preguntó el *barman*.

—¿Está Louis? —le pregunté yo a mi vez.

—Hay que consumir, hermano —me respondió acremente—. Esto no es una agencia de información.

—*Okay*. Ponga un *whisky*.

Lo hizo.

—¿Dónde está Louis? —repetí la pregunta.

—En el reservado número tres.

—Gracias.

—Tómese el *whisky* mientras sale. No le gusta que le molesten cuando le está leyendo la cartilla a una de sus pupilas.

—No puedo esperar, amigo. Tengo prisa.

—Antes pague.

—Ahí tiene —dejé unas monedas y fui a echar a andar hacia los reservados.

—Eh, ¿no se bebe el *whisky*?

—Le invito —le dije sin mirarle.

Llegué ante la puerta del reservado número tres y comprobé que habían echado el pestillo por dentro. Golpeé con los nudillos. Nadie

se acercó a abrir. Pegué una oreja a la puerta y escuché uno gemidos. Volví a golpear, ahora con más fuerza. Y agregué:

—¡Abre, Louis, o derribo la puerta de una patada!

—¿Quién diablos eres? —Le oí entonces preguntar.

—¡Joe Coburn!

Louis Falk y yo éramos viejos amigos. Nos debíamos algunos favores, como un ojo morado o un labio partido. Nuestra amistad databa de un feo asunto de prostitución en el que me vi envuelto y donde él se llevó la peor parte. Desde entonces me tenía mucho respeto. A pesar de eso, no había escarmentado y continuaba con lo mismo: el proxenetismo.

—¿Qué te pica, pesquisa? —Dio la cara cerrando la puerta tras de sí.

Su cara dejaba mucho que desear, y no por culpa de los puños de un enemigo o de las uñas de una pupila rebelde. Debía haber sido cosa de los genes. Era rematadamente repugnante.

—Busco a una persona.

—¿Hombre o mujer?

—Hombre.

—No sabía que ahora te gustaran los tíos. ¿Cómo lo quieres?

Gustaba de los chistes hirientes. También de los guantazos sonoros.

—¡Maldito! —masculló llevándose una de sus manos a la mejilla encendida como un tomate.

—No tengo tiempo para bromas, ni para gastos inútiles de saliva. Ya te he dicho que busco a un hombre. Se trata de un joven alto, guapo, elegante, que responde al nombre de Percy. Parece ser, esto no es seguro, que es un *gigoló*. ¿Te suena el tipo, Louis?

El proxeneta se quedó pensativo, todavía con la mano en la mejilla.

—¿Qué? —Me impacienté al rato. Hombres y mujeres de dudosa reputación se cruzaron con nosotros en el pasillo, sin prestarnos la menor atención.

—No... No sé quién pueda ser...

—¿De verdad?

—¡No quiero engaños! Le dije tomándole por el cuello de la camisa y enseñándole mi dentadura. —¡Esto es muy serio!

—¡Lo juro, pesquisa! —gimió.

—Está bien.

Lo solté y él preguntó tímidamente:

—¿Qué sucede?

—Posiblemente mi socio se encuentra en un grave aprieto —fue toda mi explicación.

—Si fuera un chulo lo reconocería. Pero no, esos datos que me has dado no me recuerdan a nadie.

—Tú conoces mejor que yo este sucio mundo. ¿Quién puede ayudarme?

—Tal vez..., tal vez Gregory *Look*. ¿Lo conoces?

—No. ¿Quién es y dónde lo puedo localizar?

—Es un tipo que regenta una lujosa casa de citas. A lo mejor el tal Percy ha ido por allí alguna vez. Casi todos los *gigolós* de Brooklyn y Queens han pasado por esa casa con sus compañeras.

—¿Dónde lo puedo localizar? —insistí.

Me lo dijo. La casa de citas se encontraba no muy lejos de allí, en la Williams Avenue.

—Suerte, pesquisa —forzó una sonrisa amigable—. Y que no sea nada lo de tu socio.

Dio media vuelta y abrió la puerta. Yo lo empujé suavemente y asomé la cabeza, mirando al interior.

Una joven se encontraba tumbada desnuda sobre el diván, boca abajo, con el rostro oculto entre los brazos. En su cuerpo se notaba la huella de algunos golpes. Al oír nuestros pasos en el interior de la pieza, levantó su rostro y nos miró. Observé el terror pintado en sus facciones.

—Eres libre, muchacha —dije con los dientes apretados por la rabia.

—No te metas en esto, pesquisa —protestó Louis.

—¡Sigues siendo un guarro! —le espeté, al tiempo que le propinaba un rodillazo en los testículos.

El proxeneta se dobló como si fuera de goma, aullando como un loco, llevándose las manos a los genitales.

—Vamos, muchacha, vístete —la apremié.

Lo que me respondió me dejó de piedra:

—¿De qué me serviría huir? Al final me encontraría y entonces sería peor.

—Pero...

—Lo mejor es que se vaya usted.

Y de nuevo ocultó el rostro entre los brazos, desentendiéndose de mí.

Miré al proxeneta.

—Así me... me has... agradecido la... la ayuda... —me dijo con voz dificultosa, encogido como un feto.

—El mundo está loco —mascullé—. No entiendo absolutamente nada.

—¡Ojalá te... te apiolen esta noche! —Escupió Louis Falk.

Salí de allí sin hacerle caso, asqueado, convencido de que cada día el hombre tiene menos orgullo y honor y más tragaderas.

No utilicé el coche para llegar a la casa de citas del tal Gregory *Look*. La Williams Avenue es una perpendicular de la Pitkin Avenue.

Al principio no me lo creí. Un hermoso rótulo rezaba así: Bounty Hotel. Y había muchas luces, mucho lujo, e incluso un portero uniformado.

Pero se trataba de la avenida y del número, no había la menor duda.

En seguida tuve el pleno convencimiento de no haberme equivocado. Fue después de haber salvado al portero de los galones amarillos y traje verde, cuando uno de los botones se me acercó.

—¿No lleva equipaje, señor?

—No.

—¿Quiere compañía, para esta noche?

Así de claro. No se andaban por las ramas. Seguro que las chicas esperaban a la vuelta de la esquina, sumisas y sin bragas, dispuestas a que les entraran por cualquier lado con tal de poder seguir disfrutando del dios dinero.

—Busco al señor *Look* —dije cuando llegué a recepción, después de haberme desentendido del botones.

—¿Quién es usted? —me preguntó el recepcionista, un tipo alto y escuálido, pero muy aseado y mejor vestido.

—Me envía Louis Falk.

El nombre surtió su efecto. El tipo aquel, que muy bien podía haber participado en un concurso de Míster Sardina, descolgó uno de los tres teléfonos que tenía allí a mano, marcó un número y aguardó. Cuando le dieron línea, las palabras que pronunció no

llegué a oírlas. Sólo me llegó un susurro ininteligible.

—Espere un momento ahí —me señaló un rinconcito muy acogedor, tras colgar.

Tomé asiento en una butaca y encendí un cigarrillo, observando pensativamente el ir y venir de personas. De inmediato notaba uno que aquéllos era algo más que un hotel.

Al rato una sombra se proyectó sobre mí y yo desvié la mirada hacía mi derecha. Un hombre robusto, de rostro sanguíneo y ojos metálicos, embutida toda su humanidad en un elegante *smoking* negro, con corbata de lazo, me dirigía una mirada escrutadora.

Apagué el cigarrillo en el cenicero de la mesita cercana y me puse en pie.

—¿Gregory *Look*? —pregunté.

—El mismo —me respondió. Tenía una voz grave, dura—. ¿Quién es usted?

—Mi nombre es Joe Coburn.

—No me dice nada.

—Me envía nuestro común amigo —era un decir claro— Louis Falk.

—Eso me comunicaron por teléfono. ¿Qué ocurre?

—Necesito localizar a un tipo esta misma noche, cuanto antes.

—¿De quién se trata?

Me gustaba aquel tal Gregory *Look*. No hacía preguntas indiscretas, lo que me ahorraba muchos problemas, e iba directo al grano.

—Un joven alto, guapo, elegante, que responde al nombre de Percy. No sé más de él. Cabe la posibilidad que sea un *gigoló*.

—¿Cuentas pendientes?

Hum. Si seguía por ese camino, me haría cambiar de parecer.

—No. Sólo deseo charlar con él. ¿Lo conoce?

—Conozco a un tal Percy que se dedica a exprimir a las mujeres, y no en el sentido físico sino en el monetario —soltó una risita breve, y yo le hice coro para mostrarme amigable y así se animara a seguir.

Se animó.

—Es un tipo muy peculiar. Y con mucho gancho. Le van todas. Eso sí, si tienen dinero. Desde las niñas quinceañeras que quieren saber qué es eso, ya me entiende, a las mujeres menopáusicas que

quieren recordar lo que era eso.

De nuevo se paró, riendo. Ahora saqué mi cajetilla de cigarrillos y le ofrecí uno. Aceptó. Le obsequié entonces con la llamita de mi encendedor.

El sabor del tabaco le soltó la lengua.

—Desgraciadamente, no está aquí. A estas horas posiblemente ya esté en la cama con una de sus clientes. Y a saber en qué lugar.

No pude evitar una mueca de fastidio.

—Pero —agregó al momento— si aún está en los preliminares es fácil que lo encuentre en el Coronado. Es un *night-club* de la New York Avenue, cerca del cruce con la Carroll Street.

Lo conocía. No caía muy lejos de allí.

—Eso es todo, amigo.

—Gracias, señor *Look*.

—Me alegra haber ayudado a un amigo de Louis. Los amigos estamos para ayudarnos.

Le dije que sí, estreché su diestra y me largué. Aquel lupanar disfrazado de hotel quedó atrás. Parece mentira que existan estos lugares tan descarados, tan evidentes, y la explicación de ello está en una sola cosa: en la corrupción de los altos cargos.

Camino de mi automóvil vi una cabina telefónica. Me introduje en ella y telefoneé a casa.

Al momento escuché la voz de ella.

—Mirna, soy yo.

—¡Hola, Joe!

Escuchar ese alegre y sincero «¡Hola, Joe!» me lavó de muchas cosas.

—¿Alguna novedad?

—Ninguna. Nadie ha llamado.

—¿Telefoneaste a casa de Ann?

—Sí. Y nadie contestó.

—¿Te aburre?

—No. El libro es bastante divertido, describiendo el mundo hollywoodense de finales de los treinta.

Mirna se había llevado consigo un libro de Edwin Corley titulado *Shadows*.

—Ya tengo una pista sobre ese tal Percy. Hasta dentro de un rato, Mirna.

—Lleva cuidado, Joe.

Era reconfortante encontrar a alguien que se preocupara por uno. Eso pensé con cierta alegría interna mientras ponía mi coche en marcha. Por aquel entonces pasaban ya de la una y media de la noche.

CAPÍTULO V

Llegó un momento en que la monada pelirroja no encontró más ropa que quitarse y entonces comenzó a dar unos cuantos pasos de bailarina de *ballet* que dejaban bastante que desear. Pero eso no importaba. Para los hombres y las mujeres que se agolpaban en torno a la pista, acomodados junto a coquetas mesitas, dando sorbitos a sus *cocktails*, lo único que contaba era su larga melena roja como el fuego, su bello y maquillado rostro de muñeca de porcelana, sus turgentes y redondos senos, la rotundidad de sus caderas, el triángulo velloso de su pubis y las largas y torneadas piernas.

Yo me había encaramado a uno de los taburetes tapizados de la barra en forma de herradura. Bebía un *whisky* con hielo y fumaba un cigarrillo. No podía observar apenas a nadie, sólo a los más cercanos a mí, porque la única luz de la sala caía como un chorro sobre la *strip-teaser*, muriendo en una circunferencia lumínica a su alrededor.

El primer barman, el que me había atendido, no sabía nada del tal Percy. Esperé a que el segundo, al otro lado de la barra, se acercara a mí. Entonces le hice la misma pregunta que a su compañero.

—¿Sabe si se encuentra aquí Percy, un chico alto, guapo, elegante, con fama de conquistador? —Preferí decir conquistador a *gigoló* por si alguno era amigo del fulano en cuestión y se enfadaba.

—¡Ah, sí, ese *gigoló*! —exclamó el *barman*.

Sonreí.

—En efecto, creo que tiene también fama de *gigoló* —apunté entonces.

—Pues no sé si ha venido hoy. No estoy muy atento a la gente que entra y sale. Desde luego, por la barra no lo he visto.

—Eso me dijo su compañero.

—Pero no es extraño. Siempre va acompañado y ocupa una mesa. Pregúntele a uno de los camareros. Todos le conocen.

—Gracias, amigo.

—No hay de qué, señor.

Se retiró para atender a otros clientes. La pelirroja, entretanto, ya se había cansado de emular a una bailarina de *ballet* y consideraba que su cuerpo estaba más que visto, así que optó por retirarse entre el aplauso del respetable.

Las luces hicieron acto de presencia, iluminando todo el club, y la pequeña orquesta se dejó sentir llenando todos los ángulos con su música.

Miré. ¡Pero había allí tanto tipo joven, bien parecido, elegante, acompañado por una mujer...!

Detuve a uno de los camareros, por fin.

Le hice la pregunta de rigor y el hombre se mostró muy cordial. En seguida supe quién era Percy, qué mesa ocupaba y qué tipo de mujer le tocaba esa noche.

Era una quinceañera.

Si le hubieran quitado los cosméticos que llevaba repartidos entre rostro y manos, el largo vestido de noche, el llamativo y costoso peinado de peluquería y los anillos y pulseras que ostentaba en dedos y brazos respectivamente, con toda seguridad no la hubieran dejado entrar allí y le hubieran dado un «Chupa-Chups» y una muñeca para que se entretuviera hasta que sus padres vinieran a recogerla.

Pero las cosas estaban de otro modo. Ella reía mucho con él, parecía pasárselo estupendamente y de vez en cuando se dejaba besar en los labios o en el cuello. La noche era larga y ella debía estar pensando en aprovechar al máximo al experimentado y viril Percy. Y éste debía estar pensando a su vez en lo bien que le vendrían los dólares que le iba a sacar a aquella cría que jugaba a mujer.

Yo llegué a la mesa que ocupaban y dije:

—Buenas noches.

Percy dejó de inmediato de lamerle el cuello y ella cesó en sus risas.

Ambos me observaron como si fuera el chimpancé travieso de

un zoológico.

—Buenas noches —repetí.

Algunas parejas habían salido a bailar a la pista. Los camareros no paraban de sortear mesas, bandeja en mano.

—¿Quién es usted? —me preguntó al fin el *gigoló*.

—Joe Coburn.

—No tengo el gusto de conocerle.

—Yo tampoco, Percy.

—¡Vaya, sabe mi nombre!

—Y también desearía saber algunas cosa más. ¿Tiene inconveniente en acompañarme?

—¿Para qué?

—Para hablar privadamente los dos sobre esas cosas.

—Lo siento, amigo. Ahora estoy acompañado, y muy bien acompañado, por cierto —le dirigió una encantadora mirada a la quinceañera, si es que los hombres pueden dirigir encantadoras miradas—, y no le puedo atender. Podemos quedar para mañana por la mañana. ¿Le parece?

No me parecía y así se lo hice saber.

—Esto es urgente, Percy —agregué con voz grave—. Tal vez sea cuestión de vida o muerte.

El *gigoló* frunció una ceja.

La quinceañera intercedió, echándome un capote.

—Concédele unos minutos, querido —dijo—. No voy a enfadarme por eso.

Como la dueña le dio permiso, él entonces se decidió a dejar el trabajo.

Se puso en pie y los dos caminamos hacia la barra.

—¿De qué se trata? —me preguntó. Lo noté interesado por el asunto.

—Se trata de una chica. Ann Murray.

No anduvimos más. El se paró nada más escuchar el nombre. Yo me quedé mirándole.

—¿Ocurre algo? —le pregunté.

—Me parece que no tenemos nada que hablar. No conozco a esa chica. Buenas noches.

Y fue a dar media vuelta para regresar con la quinceañera.

—¡Quieto! —le conminé tomándolo fuertemente por un brazo—.

Yo creo que sí conoce a esa chica. Y me interesa que me cuente algunas cosas.

—No pienso ir con usted. Suélteme o armaré un escándalo.

—Saldría usted perdiendo.

—Se equivoca —rió jactanciosamente—. Soy un cliente muy conocido aquí, hacia el cual se siente un gran respeto. El dueño me tiene en gran estima porque todas las semanas le traigo clientela selecta, con pasta larga... A una palabra mía todos los empleados estarán de mi lado.

—A una palabra suya usted se ganará una onza de plomo en el estómago —rugí, metiendo una mano en el bolsillo de la chaqueta—. Tengo una pistola y estoy dispuesto a todo esta noche. ¡Se lo juro!

Lo debí decir con tanta ferocidad y convencimiento que el tipo se asustó y se lo creyó. De inmediato dejó de ofrecerme resistencia.

—Vamos a salir a la calle. Allí podremos hablar tranquilamente, sin nadie que nos moleste. Tiene mi palabra de que si se porta bien, no le haré nada. Sólo busco información. ¡Andando!

Eché a andar delante de mí, y así abandonamos el Coronado.

—Vayamos a mi coche —propuse entonces—. Dentro llamaremos menos la atención.

Pero ya la habíamos llamado.

Un tipejo con mala sangre brotó de una oscura esquina y nos mandó sin que se lo solicitáramos una andanada de plomo caliente.

No supe exactamente si el tipejo aquel iba a por Percy, a por mí o a por los dos. Lo que sí supe es que el *gigoló* se llevó la peor parte. La parte del plomó.

Los disparos y los gritos se confundieron. Como Percy caminaba delante de mí me cubrió más o menos. Yo me arrojé inmediatamente sobre la sucia acera, sacando mi chato revólver. Pero ya era tarde. El asesino traidor había desaparecido engullido por la negrura de la noche.

Cuando el joven y guapo Percy cayó a mi lado, presentaba un exceso de peso y el rojo de la sangre no le iba nada bien a su elegante vestimenta. Estaba muerto y ya nada podría contarme acerca de Ann Murray.

El portero del club y un par de clientes que iban a entrar en él, corrían hacia mí. Yo no los esperé porque no tenía ganas de dar

explicaciones ni de ver a la policía. Salté a mi coche y salí de allí pitando, como si me persiguiera el diablo.

La noche se había puesto aún mucho más interesante. Era evidente que, bien alguien se la tenía jurada al *gigoló* y había actuado inoportunamente —al menos para mí—, o bien alguien me había estado siguiendo y había actuado muy oportunamente cerrando la boca de Percy para siempre. Y si se trataba de esta última posibilidad aún cabía otra cuestión: ¿quería también liquidarme a mí?

Lo único cierto era que la única pista que tenía se había ido al diablo. Decidí emprender entonces el camino de casa. Tal vez pudiera reflexionar más serenamente junto a la bella Mirna.

En mi casa encontré a una chica pálida, asustada. No era la Mirna que yo había conocido.

—¿Qué sucede? —troné yo, alarmado.

—Ha llamado la policía.

—¿Y...?

Y lo que me dijo me dejó helado.

CAPÍTULO VI

Era desagradable.

Richard Kelly, mi querido amigo y socio Richard Kelly, ya nunca más podría contarme un chiste con su gracejo particular. Se encontraba en el interior de su auto, sentado en el asiento del conductor, con la cabeza ladeada y una certera cuchillada en el corazón. El pecho lo tenía tinto en sangre y sus ojos vidriosos, ojos alegres y bailones aquella misma tarde, ya no miraban a ningún lado.

No pude evitar que unas rebeldes lágrimas brotaran de mis ojos, surcando mis mejillas. Había perdido un buen amigo y un buen socio. Y de una fea y repugnante manera. Richard Kelly había sido asesinado.

Quedé por fin encarado al teniente Mulligan, de la Brigada de Homicidios, mientras Mirna me rodeaba la cintura con un brazo. La necesitaba.

—¿Cómo lo descubrieron? —pregunté.

—Un auto-patrulla se fijó en él. Le llamó la atención la extraña postura del conductor. Luego...

—Sí, me lo imagino. La máquina policial se puso en marcha. ¿Vieron algo esos patrulleros?

—No. Ya llevaba tiempo muerto.

—Está bien.

—Ahora me toca a mi preguntar, Joe.

—Sí. Adelante.

Los dos nos conocíamos de haber coincidido en algunas ocasiones casi tan desagradables como ésta.

—¿En qué lío andaba metido?

—Sólo en la Vigilancia de una chica.

—¿Sólo eso?

—Sólo eso. ¿Por qué iba a mentirte?

—¿Y qué sabes tú?

Se lo conté. No le oculté nada porque me encontraba como muy cansado, como muy envejecido.

—Así que tú fuiste el tipo que huyó del tiroteo de la New York Avenue hace un rato.

—Sí.

—Lo radiaron en seguida a todas las unidades. Se te busca.

—Más vale que busquen al otro. Al que disparó.

—Del otro no se tiene ninguna descripción. ¿Me la puedes facilitar tú?

—Un tipo de mediana estatura, bastante calvo, unos cuarenta años... No sé más, todo fue tan rápido...

—¿Qué sabes de esa Ann Murray?

—Te lo he dicho todo. Seguimos sin noticias de ella. ¿No es así?

—Miré a Mirna.

Ella asintió.

—¿Qué piensas hacer? —me preguntó Mulligan.

—No lo sé. Ando despistado. En cuanto llegué al motel y no encontré a Richard, tuve el presentimiento de que algo andaba mal, pero...

—Según lo que tú me has contado, la chica se fue del motel.

—Sí.

—Es lógico pensar que Richard fue detrás.

—Sí.

—¿Adónde?

—No lo sé. Como tampoco sé por qué alquiló una cabaña para unos minutos, con quién se entrevistó (una mujer, sí, pero ¿quién?), dónde se encuentra en estos momentos... Hay muchos puntos oscuros. Demasiados.

—Y ese *gigoló* llamado Percy, ¿qué papel pintaba?

—Había salido con la chica durante una temporada. Eso es lo único cierto. Ella fue quien me lo dijo.

Mirna volvió a asentir.

—Y hay algo raro en ello —agregué.

—¿Qué? —preguntó el teniente Mulligan.

—¿Por qué salía Percy con Ann Murray? Según lo que me han contado, era un tipo que se dedicaba a las mujeres adineradas para sacarles la pasta. Ann Murray no es de esas chicas. Ni creo que

tampoco de las que son capaces de alquilar un hombre. ¿Qué opinas, Mirna?

—Estoy completamente de acuerdo contigo.

—Entonces, ¿qué les podía unir? ¿Amor? Eso es imposible con un tipo como Percy.

—Pero sí en una chica como Ann Murray —arguyó el teniente. Y miró a Mirna—. ¿O no?

—Sí —cabeceó ella—. Pero ¿por qué iba a perder él el tiempo con ella si no iba a poder sacarle apenas dinero?

—Eso mismo —apoyé sus palabras yo—. Además, parece ser que Ann Murray, en vez de perder dinero, comenzó a tener más.

—¿Un caso de proxenetismo? —inquirió Mulligan.

—No creo. Percy no daba las medidas del clásico chulo. Además, los proxenetas no le conocían. Ya sabes que Louis Falk es uno de los reyezuelos, y él no había oído hablar de Percy.

Uno de los detectives que por allí pululaban requirió la presencia de su jefe.

—¿Qué vamos a hacer? —me preguntó entonces ella.

—No tengo ni idea. Me encuentro totalmente anonadado.

La muerte de Richard sólo me hace suponer que el caso que llevábamos entre manos es algo más que las escapaditas nocturnas de una chica alegre. Y casi tengo la seguridad de que la muerte de Percy tiene que ver muy directamente con el asunto. Pero desde luego no se me ocurre cómo atacar éste. Ann Murray es una pieza principal, vital diría yo, pero parece que la tierra se la ha tragado. Richard y Percy están muertos y ya nada pueden decir. Dime, ¿a qué me agarro?

—El motel.

—El motel, sí. Pero todo está allí claro. Ann Murray llegó y alquiló una cabaña. Poco después apareció la mujer del coche lujoso y fue directamente a la cabaña. Nadie vio a ésta, sólo Richard, que me lo comunicó por teléfono. Al rato Ann Murray abandonó la cabaña y el motel, según la chica de la taquilla. A partir de aquí debemos suponer que tanto la mujer del coche lujoso como Richard también se fueron. ¿Lo hicieron las dos juntas o cada una por su lado? ¿Fue Richard detrás de ellas o de una de ellas? ¿Por qué y cuándo lo sorprendieron? ¿Qué pasó con ellas?

—Demasiadas preguntas sin respuesta —comentó el teniente

Mulligan, quien ya había retornado junto a nosotros, escuchando la parte final.

—Sí —convine yo. Y luego añadí—: ¿Alguna novedad?

—Bien. Parece ser, según el informe preliminar del forense y mis muchachos, que Richard no murió en el coche. Hay una pequeña mancha de sangre en el asiento posterior. Habrá que comprobar, claro está, si esa sangre pertenece a Richard. Si es así, podremos ya afirmar categóricamente que lo acuchillaron en algún lugar desconocido por ahora para nosotros y luego lo introdujeron en su propio coche y lo trasladaron hasta esta calle, donde lo abandonaron colocándolo en el asiento del conductor. Posiblemente fuera tumbado en el asiento posterior a la hora del traslado, no teniendo excesivo cuidado el asesino.

—Eso nos lleva a deducir que el lugar donde Richard murió debía ser altamente comprometedor para el asesino... o asesinos —dije yo—. Resultará difícil averiguar dónde lo mataron.

—Saber eso significaría saber adónde fueron las mujeres, o la mujer que él siguió, caso de que se separaran al abandonar el motel —dijo el teniente—. Voy a comenzar mis investigaciones por ese motel, The Blue Bird. Es el punto de partida de este escabroso asunto.

—En esta noche —puntualicé—. Porque mucho me temo que este escabroso asunto, como tú lo llamas, viene ya de tiempo atrás.

—Y habrá que colocar a ese *gigoló* llamado Percy en su justo lugar. Algo debía pintar.

—Algo importante —de nuevo puntualicé—, cuando decidieron su eliminación. Ahora estoy casi convencido de que su muerte tiene que ver con todo este lío de las escapadas nocturnas de Ann Murray.

—He enviado al sargento Carter, adscrito a mis órdenes, al Coronado. Quiero que ese asesinato pase a mi equipo.

—Has hecho bien, porque entre los dos crímenes debe haber conexión.

—Eso pienso.

—Otra cosa, Mulligan. ¿Habéis registrado a Richard?

—Sí.

—¿Qué llevaba?

—Objetos personales. Nada llamativo, si es lo que preguntas.

¿Quieres verlo?

—Si no tienes inconveniente...

—¡Buck! —llamó el teniente.

Acudió uno de los detectives.

—Trae las cosas del muerto —le ordenó su superior.

Regresó al momento con un gran sobre de papel manila. Extendimos las cosas sobre el capó del coche del teniente.

Fui observándolas una a una. Un tremendo nudo en la garganta se me fue formando conforme iba reconociendo las pertenencias de mi amigo y socio. Me detuve en la cartera para estudiarla con detenimiento. No encontré nada que pudiera servirme de pista. Al final dije, tras echarle otra mirada a todos los objetos allí esparcidos:

—Falta su pequeño bloc de notas.

—¿Cómo?

—El bloc donde acostumbraba a anotar los datos del caso que llevaba entre manos. ¿Habéis mirado en la guantera del coche?

El teniente miró a su subordinado.

—Ya hemos revisado todo el coche, señor —dijo—. Y no hemos encontrado nada.

—Bien —suspiró Mulligan, fastidiado—. Es evidente que el asesino se llevó el bloc ese de notas.

—No sería de extrañar que ahí llevara Richard algo importante apuntado.

—¿Cómo qué?

Me encogí de hombros. Dije por decir:

—Tal vez llevara anotada la dirección del lugar donde lo asesinaron.

—En fin —exclamó el teniente—, vayamos al trabajo. Cuando tenga algo, te lo comunicaré. ¿Qué piensas hacer, Joe?

—Estoy desorientado por ahora. A lo mejor me voy a casa a descansar, a lo mejor continúo rodando por Brooklyn en esta negra noche. Nos veremos, Mulligan. Supongo que el cadáver se lo llevará ahora la ambulancia...

—Por supuesto. Tendrán que hacerle la autopsia y demás trámites.

—Sí. Yo me encargaré de la funeraria. Ya sabes que Richard no tenía familia.

—Buenas noches, Joe.

—¡Eso será un decir, Mulligan!

El teniente se alejó definitivamente de nosotros, reuniéndose con sus hombres. En aquellos instantes el juez ordenaba el levantamiento del cadáver y dos sanitarios lo trasladaban a una camilla que fue a parar al interior de la ambulancia que allí había detenida, con su luz roja girando locamente. No sé por qué pensé en mi muerte, si mi final sería también así: de una forma violenta y misteriosa, en un desconocido lugar, sin ningún allegado a mi alrededor, solitariamente...

—Juro que los he de encontrar —arrastré las palabras, observando cómo se ponía en movimiento la ambulancia—. He de dar con tus asesinos, Richard, y no tendré piedad con ellos. La noche va a ser un negro pozo de muerte para todos ellos.

—¡Joe! —me llamó la atención Mirna—. ¡No hables de esa forma!

Noté el cálido contacto de su cuerpo. La miré. Sus hermosos ojos me contemplaban con un poco de miedo y otro poco de recriminación.

—Perdona —dije escuetamente, mientras mi mente pensaba tratando de encontrar algún cabo al que asirme para continuar la investigación.

—Necesitas descansar, Joe.

—Eso es algo que no podría hacer.

—Estás ofuscado y así no...

—Estoy rabioso que no es lo mismo —le corté abruptamente—, y no me voy a tranquilizar hasta no ver un poco de luz en este asunto.

—¿Eso quiere decir que vas a continuar dando tumbos por ahí?

—Si dejo el tiempo correr, posiblemente sea darle ventaja a los asesinos para que preparen sus coartadas y triquiñuelas.

—¿Y?

—Sólo se me ocurre regresar a cierto sitio. Tal vez tenga suerte.

—¿Adónde?

—Si no vas a asustarte de mi comportamiento, ven conmigo.

—Iré.

—Muy bien.

—No quiero que cometas una locura.

—No, no, no. Si te vas a comportar coartando mi libertad, prefiero ir solo.

—Yo también tengo interés en este asunto. Mi mejor amiga parece haber desaparecido.

—Si es por eso...

—Y también porque quiero estar a tu lado.

—Entonces, ven conmigo. A mí también me gusta tu compañía.

—¿Adónde? —repitió ella.

—A un lugar de apariencia respetable y de realidad ponzoñosa.

Y no le di más explicaciones. Fuimos a mi coche y poco después nos alejábamos de aquel lugar siniestro y oscuro que en cierto momento de la noche se había convertido en foco de atracción de un grupo determinado de personas gracias a la mano mortal de algunos de los muchos canallas que pueblan esta ciudad —y en general, el mundo— convirtiéndola en un voraz monstruo aniquilador de virtudes, honradeces y buenos sentimientos.

CAPÍTULO VII

A las tres de la madrugada entré nuevamente en el Bounty Hotel, esta vez acompañado de la bella Mirna. El trasiego de gente era el mismo que un par de horas antes, y el *hall*, desde luego, no tenía nada que ver con la calle, silenciosa y vacía.

El recepcionista me reconoció al momento. Pensó que ya había encontrado pareja y que lo que ahora buscaba era una *suite*.

—¿Habitación, señor?

—No. Quiero hablar de nuevo con el señor *Look*.

—El señor *Look* ya se retiró. Está descansando. No son horas, señor.

—Todas las horas de la noche son buenas... por lo menos en esta noche. He dicho que quiero hablar con el señor *Look* y eso es lo que voy a hacer. Pásele recado.

—No puede molest...

—Le he dicho que le pase recado. Dígale que es algo muy urgente. Que tiene que ver con la policía. Ya verá como acude.

—Mire, señor...

—No sea pesado y avísele. Supongo que estará descansando aquí, ¿no?

—Sí, señor.

—Bien acompañado.

—Sí, señor.

—Hale, avísele, corra.

—Está bien, señor, pero todas las responsabilidades serán suyas.

—No se preocupe.

Descolgó el teléfono correspondiente, aguardó unos instantes y luego cuchicheó unas palabras. Se puso encarnado y después volvió a cuchichear, esta vez a trompicones, muy nervioso.

Decidí separarme de Mirna y acercarme a él. Le arrebaté el

auricular.

—¿Señor *Look*? —inquirí, mientras el recepcionista se mantenía a la expectativa.

—Sí. ¿Es el tipo de antes?

—En efecto.

—¿Quién se ha creído que es usted? —bufó.

—Joe Coburn, el detective privado que va a hablar con usted dentro de unos momentos. El asunto que llevo entre manos se ha embrollado peligrosamente y apuesto a que a usted no le gustaría que la policía se pasara por aquí haciendo preguntas. No porque fueran a detenerle, ya que supongo que tendrá un buen puñado de altos cargos bien pagados, sino porque espantarían a la clientela. Un negocio sucio por donde suelen aparecer regularmente polizones, es un negocio que pronto hace aguas. Bien, señor *Look*. ¿Podemos vernos?

—¡De acuerdo, maldita sea! ¡Que le acompañe un botones! ¡Le espero en mi habitación!

—Hasta ahora mismo.

Le pasé el auricular al recepcionista, quien se lo llevó a la oreja y volvió una vez más a enrojecer. Los tacos de Gregory *Look* debían ser de primera categoría A. Tras colgar, llamó a un botones y le dio las instrucciones.

Subimos a la última planta y luego caminamos por un corredor de brillantes y originales baldosas, adornado con macetas y perfumado con esencias. El trayecto lo acabamos frente a una enorme puerta de roble, rigurosamente barnizada y con algunos detalles en oro y plata.

El botones apretó el botón y al momento sonó la musiquilla de un carrillón. Nos abrió la puerta Gregory *Look* en persona (probablemente al criado lo debía haber despedido ya para poder pasar a solas la noche con la nena de turno), enfundado en un batín de seda y calzando unas babuchas.

El muchacho que nos había acompañado hasta allí le hizo una reverencia y se largó. Gregory *Look* nos franqueó el paso.

Tomamos asiento en un amplio *living*, lujoso y confortable. Las manos del dios dinero se habían dejado caer por allí generosamente, sin tener en cuenta que unas manzanas más arriba la gente se estaba muriendo de hambre en las esquinas.

—Vaya al grano, Coburn —me dijo, sin sentarse, de pie frente a mí. En su mirada no vi ni pizca de simpatía hacía mi persona. A Mirna la había ignorado por completo, no sé si porque su chica estaba mejor o porque se encontraba terriblemente cabreado.

—Por supuesto que voy a ir al grano. Imagino que usted no tendrá ganas de perder tiempo, y yo tampoco. Como ya le adelanté por teléfono soy detective privado.

—Me engañó cuando me dijo que era amigo de Louis Falk.

—No del todo. Mi amistad con Louis Falk es una extraña amistad. Y en efecto, él me envió a usted. Quería localizar al *gigoló* Percy.

—¿Lo encontró?

—Ahí está lo grave. Lo encontré. Y nada más salir a la calle nos tirotearon.

Le vi arquear una ceja.

—Percy murió —agregué.

Ahora arqueó las dos cejas.

—¿Muerto ese *gigoló*?

—Eso he dicho. Muerto a balazos. Y no sólo eso. Mi socio, Richard Kelly, ha aparecido acuchillado, también muerto. La noche no está para bromas, como verá.

—¿Y qué diablos está ocurriendo? —Parecía haber perdido algo de su enfado.

—Eso es lo que trato de averiguar. Y necesito que usted me ayude.

—¿Cómo?

—Tal vez usted conozca algún amigo de Percy. Alguien que pueda informarme sobre él.

—Bueno...

—Bueno ¿qué?

—A lo mejor tiene suerte y no le hace falta moverse de este hotel.

Así diciendo se acercó al teléfono que descansaba sobre una repisa y tras marcar un número, preguntó:

—¿Se encuentra hoy aquí Carlson?

—...

—Muy bien. Llámale y dile que suba aquí. ¡Cuánto antes!
Colgó y me miró.

—¿Sí? —le dije.

—Carlson tenía amistad con Percy. Ambos se dedican a lo mismo. Esta noche ha traído a su pareja aquí. Ahora vendrá.

—¿Usted qué me puede contar de Percy?

—Nada más de lo que le dije hace unas horas. Eramos simples conocidos.

—Entiendo.

—Perdonen un instante —se disculpó ante nosotros dos, haciendo constar así que conocía la presencia de Mirna en su *suite*.

Desapareció por una puerta y yo supuse que debía ir a tranquilizar a su amiguita. Mirna y yo cruzamos una mirada desde nuestros asientos.

Llamaron a la puerta. Apareció entonces Gregory *Look*, quien fue a abrir.

Regresó acompañado de un tipo que era un calco del malogrado Percy. Parecía haber sido creado en la misma fábrica expendedora de *gigolós* en serie. Se quedó mirándome muy fijamente. Y me preguntó, un tanto incrédulo:

—¿Es cierto que Percy ha muerto tiroteado?

—Así es.

Era evidente que Gregory *Look* lo había puesto en antecedentes al pisar la *suite*.

—Pero ¿qué hizo? ¿Por qué?

—Eso es lo que quiero saber. ¿En qué lío estaba metido Percy, aparte sus trabajos privados como *gigoló*? ¿Lo sabe usted, Carlson?

—Pues... no sé...

—Haga memoria. El señor *Look* me dijo que usted tenía buena amistad con él.

—Sí, es cierto. A veces nos pasábamos a las clientes.

—¿Y bien? —Ya me había puesto en pie y le encaraba brazos en jarras. Estaba impaciente, no lo podía negar.

—Sólo sé algo que me llamó la atención últimamente.

—¿Qué?

—En algunas ocasiones lo vi acompañado de chicas «normales».

—¿Qué quiere decir con eso de «normales»?

—Es claro. Chicas de un estrato social medio, de aspecto decente. Vamos, que no tenían la pinta de nuestras clientes habituales.

—Ajá. ¿Conoció a alguna de ellas?

—Personalmente, no.

—¿No oyó hablar de Ann Murray?

—No, no llegué a saber el nombre de ninguna de ellas.

—Vea esta foto —le mostré el retrato de Ann Murray—. ¿La reconoce?

Meneó la cabeza de un lado a otro, después de observar la foto detenidamente. Y agregó:

—No la he visto en mi vida.

—Mala suerte —dije, guardando el retrato en la cartera—. ¿Qué más puede contarme de Percy?

—Hum. No sé. Desde luego, de unos meses a esta parte le debía ir el negocio viento en popa porque siempre llevaba los bolsillos llenos de billetes. Era muy dado a fardar y le gustaba pagar rondas en la barra de los bares con los amigos.

—¿Y qué hay respecto a esas chicas «normales»?

—Eso. Que salía con ellas. Y era extraño.

—¿No le preguntó acerca de ello?

—Sí, pero no me dio respuestas claras.

—¿Qué le contaba?

—No recuerdo ahora exactamente. Lo cierto es que se salía por la tangente.

—Cuando usted ha hablado de chicas es porque le vio con varias. Si la cosa la arrastraba de unos meses a esta parte, es lógico suponer que cada chica le debía durar poco, ¿no?

—Pues sí. Una semana le vi con una, y dos meses más tarde con otra.

—Pero a pesar de esto no abandonaba su afición de *gigoló*.

—No, no la abandonó.

—¿Y no pudiera ser que estuviera ejerciendo su profesión con esas chicas?

—Sí, pudiera ser —aceptó—. Pero ¿quién le pagaba? Ellas no parecían chicas de pasta, tampoco ninfómanas o cosa por el estilo. ¿Por qué salían con él?

—Ciertamente, es todo muy raro. Un *gigoló* alternando con chicas decentes. ¿Por qué? ¿Para qué?

—Hay una, cosa que si le puedo asegurar, detective.

—¿Y es?

—No lo hacía por amor al arte. Y mucho menos por amor, en su sentido total.

—Comprendo.

—Me temo que no le puedo ayudar en más.

—¿Conoce a alguien que tuviera buena amistad con él y pudiera estar enterado?

—Con buena amistad con Percy conozco a un par... pero que estén enterados lo dudo.

—¿Quiénes son?

—Jim Connors y Lon Bentley.

—¿Cómo los puedo encontrar?

—El primero se halla fuera de la ciudad. Se largó con una vieja a pasar unas vacaciones en Florida.

—¿Y el otro?

—Anda por aquí, pero no sé dónde. Pásese mañana por la mañana por el bar de Hardy, en la esquina de Throop Avenue y Helsey Street. Allí posiblemente sepan algo. Incluso a lo mejor lo encuentra en el bar.

—¿No puede ser ahora?

—Ya está cerrado. ¿Sabe la hora que es?

—Sí, pero tengo prisa.

—Lo lamento. Tendrá que esperar a mañana. Localizar a Bentley ahora es imposible. Ya tuvo suerte conmigo.

—Está bien —acepté, qué remedio—. Gracias por todo.

El *gigoló* soltó un gruñido y dio media vuelta, acompañado por el dueño del hotel.

Miré a Mirna, ella me entendió y se puso en pie. Fuimos tras ellos.

Gregory *Look* se despidió de Carlson y luego de Mirna y de mí. Se le veía muy impaciente por regresar junto a su amiguita.

—Espero que no me vuelva a molestar ya más por esta noche —me dijo.

—Eso espero yo también.

—Que encuentre lo que busca.

—Lo encontraré. Soy muy obstinado.

—Y a me he dado cuenta. Buenas noches.

Antes de que cerrara la puerta pudimos escuchar nítidamente una voz masculina, estridente:

—¿Vienes o qué, tío?

No, no era una amiguita, como yo había estado suponiendo todo el rato.

CAPÍTULO VIII

—Nos siguen —dije mirando el espejo retrovisor.

—¿Quién? —preguntó ella.

—No lo sé. Supongo que el mismo que disparó contra Percy. Con toda seguridad no fue muy lejos y aguardó para seguirme. O tal vez se trate de algún compañero que estaba al acecho.

—Pero ¿por qué te siguen?

—Imagino que al coger a Richard revisarían su cartera y así sabrían que tenía un socio. Y posiblemente tuvieran algún vigilante o contacto en el motel. No sé...

Tal como se habían puesto las cosas después de mi entrevista con Carlson —es decir, continuaba a cero—, había tomado la decisión de acercarme de nuevo a casa de Ann Murray con la esperanza de que ya hubiera aparecido. Y si no, quedarme allí a esperar su retorno. No tenía otra salida, por el momento.

—¿Qué hacemos?

—Zanjar el asunto.

—¿Cómo?

—Ahora verás.

Aceleré por Broadway, cruzamos la Flushing Avenue y después abandonamos la primera para tomar Manhattan Avenue. El coche perseguidor, un sedán negro, continuaba tras nosotros, y a mí ya no me cabía la menor duda de que iba tras mis pasos. ¿Para ver lo que hacía, vigilar mis movimientos, o para terminar el trabajo iniciado a escasos metros del Coronado?

Era extraño que no me hubiera dado cuenta de esta persecución antes de ahora, pero en ningún momento había pasado por mi cabeza esa posibilidad. Creía que mis enemigos no conocían mi existencia.

Miraba a derecha e izquierda y, antes de llegar a la Brooklyn Queens Expressway, encontré lo que buscaba, un callejón silencioso,

vacío y en penumbra. Doblé por él, frené, le dije a Mirna que permaneciera con la cabeza agachada y salté del coche.

Por el camino pensé que no le había dicho lo que tenía que hacer, caso de que yo no volviera. En fin, no era tiempo de retroceder. Ya se las arreglaría.

En seguida apareció el sedán negro. Yo ya me había situado tras unos cubos de basura que desprendían efluvios que hubieran rechazado hasta las mejores ratas. Empuñaba mi revólver.

El conductor del sedán negro debió ver mi coche aparcado, por eso redujo prudentemente su marcha, pero no llegó a frenar.

Mejor para mí. No tenía que ir a buscarle.

Llegó a mi altura y entonces salí entre los cubos de basura. Menos mal que yo no era un pordiosero en busca de desperdicios aprovechables para él, sino un tipo con el revólver a punto.

Aquel hijo de perra —el conductor, porque no iba nadie más en el sedán negro— iba preparado. Fue verme aparecer y comenzar a hacer fuego con su arma, sin darme tiempo a gritarle el alto, como era mi propósito para así poder charlar «amistosamente» de las cosas que me interesaban.

Pero no era tonto, el muy condenado. Ni tampoco deseaba charlas «amistosas». Lo suyo era el plomo.

Me retiré a un lado muy acertadamente, al tiempo que le enseñaba cómo cantaba mi chato revólver. No le gustó, ciertamente. Aquel funesto sonido de mí «38» le produjo horrendos agujeros en la piel, principalmente en el rostro, que era lo que más se veía, y eso fue fatal para él.

El sedán negro frenó bruscamente, yo diría que se caló, el fulano se venció hacia adelante, y allí se organizó la clásica escandalera del claxon, al apretar con su corpachón el volante.

Corrí hacia él y comprobé que lo había eliminado del censo de los vivos. Le reconocí como el hombre que nos había tiroteado a Percy y a mí. No sentí, pues, lo que había hecho. Se había ido de este perro mundo llevándose un poco de lo que tanto había recetado en vida. Me limité únicamente a empujarlo contra el respaldo de su asiento.

Curiosos de sueño frágil se habían asomado ya a las ventanas. Algunos me chillaron no sé qué. No les hice puñetero caso. Llegué a mi coche, lo puse en marcha y salí de aquel callejón pitando.

—Oh, Joe, es terrible lo que ha ocurrido —dijo al fin ella.

—Más terribles fueron los asesinatos —repuse yo secamente—. Además, esto no ha hecho más que comenzar.

—No puedes ir matando gente por ahí...

—El disparó primero. Yo pensaba sorprenderle para charlar. Por otro lado, él fue quien asesinó a Percy. Lo reconocí. Sólo se ha llevado su merecido.

—¡Joe!

—Si no estás conforme, bájate. Seguiré solo.

—Quiero saber qué ha sido de Ann.

—Muy bien. Entonces, sopórtame.

Así se terminó nuestra conversación. De nuevo estábamos en la Manhattan Avenue, que muere en el Queens Midtown Tunnel, gracias al cual se pasa a la isla. Ya habíamos dejado atrás la Brooklyn Queens Expressway y ahora corríamos entre el McCarren Park y el McGuinness Boulevard, camino de Greenpoint.

Cuando por fin alcanzamos la Eagle Street, sin haber despegado ninguno de los dos los labios, detuve el coche frente al moderno edificio donde vivían Dora Porter y su hija Ann Murray. Bajamos del auto.

Y entonces me quedé mirando fijamente el coche que había aparcado en la acera de enfrente. No todos los días se puede ver una flamante *limousine* detenida en una calle cualquiera. Aquello no era Park Avenue, ni la Fifth Avenue. Llamaba poderosamente la atención entre tanto coche vulgar. Y más cuando una persona como yo pensaba en los sucesos de esa noche. Un coche lujoso —Richard Kelly había hablado de eso y de una mujer— ante la vivienda de Ann Murray. ¿Sería posible que las dos estuvieran ya en casa? Desde luego, yo no había visto aquella *limousine* horas antes, cuando había estado por primera vez. Estaba seguro de no haberla visto porque no se encontraba allí. Por tanto, alguien la debía haber traído. ¿La misteriosa mujer acompañando a Ann Murray?

—Vamos —tomé de un brazo a Mirna, sin comunicarle aún mis pensamientos.

Cruzamos la calzada y nada más llegar al portal apreté el botón del interfono. Nadie contestó ni abrió. Repetí. Esperamos. Nada.

—No ha venido aún —comentó Mirna.

—¿Te has fijado en el coche ese? —se lo señalé.

—Sí. ¿Piensas que...?

—Pudiera ser.

—¿Y por qué no abren?

—Para saberlo tendremos que subir arriba.

—No tenemos llave.

—Lo sé. Pero no pienso perder ahora tiempo yendo al Bellevue Hospital. Son más de las cuatro de la noche y aún no tengo nada consistente; todo son palos de ciego. Lo haremos por la vía ilegal.

Así diciendo, saqué mi juego de ganzúas y me puse manos a la obra. No había testigos —Mirna no contaba— y por ello no tuve que disimular ni ponerme nervioso. Abrí el portal y entramos.

El ascensor nos trasladó a la planta quinta. Salimos de él y buscamos la puerta número nueve. Fue Mirna quien pulsó el timbre.

Lo hizo un par de veces más antes de que yo me decidiera a utilizar de nuevo mi juego de ganzúas.

—¿Crees que está bien lo que estamos haciendo? —me preguntó ella mientras maniobraba.

—Si no hay nadie, no trascenderá. Nadie se enterará de que hemos estado aquí. Y si hay alguien...

—¡Pero si hay alguien, nos hubiera abierto!

—Tal vez no quiera visitas inoportunas.

—¿En qué estás pensando?

—En nada.

—Oh, no me engañas. ¿No es verdad que estás pensando que Ann puede mantener relaciones con una mujer?

—¡Ya está! —exclamé yo.

No había luz en el recibidor. No se escuchaba absolutamente nada.

Mirna fue la encargada de encender luces y dirigir. Ella conocía la casa, ya que había estado allí en varias ocasiones.

El piso parecía vacío... hasta que llegamos al dormitorio y nos encontramos con el cuadro.

Las dos mujeres se encontraban desnudas, una encima de la otra, ambas sobre el lecho. Presentaban una extraña quietud.

La quietud de los muertos.

Mirna ahogó un grito llevándose las manos al rostro, quedándose inmóvil como una estatua.

Yo avancé hacia la cama. Le eché un vistazo general a las dos

mujeres, sin tocar nada, y me cercioré de que estaban muertas, como había pensado en un principio, dada la postura en que se hallaban.

Miré a mi alrededor y sobre la mesita de noche vi las agujas hipodérmicas, los sobrecitos de droga, los cachivaches para preparar ésta... Sí, la primera impresión que uno sacaba era de que se debían haber excedido a la hora de inyectarse, y el viaje alucinógeno lo habían empalmado con el viaje eterno, en una orgía inacabada. O fatalmente acabada, según se mire.

Ésa era la primera impresión, ya digo. Posiblemente también coincidiera con la impresión del forense: muerte por sobredosis.

Pero ya habían sucedido muchas cosas extrañas esa noche para que yo siguiera creyendo en cuentos de hadas. Una era Ann Murray y la otra con toda seguridad la mujer que viera llegar a la cabaña del motel Richard. Para mí, ambas habían sido asesinadas.

Se podían sacar algunas conclusiones. A las diez y cuarto de la noche ya no se encontraban en el motel las dos mujeres, ni tampoco Richard. Media hora más tarde ellas tampoco habían aparecido por casa de Ann, puesto que yo no había visto la *limousine* (sencillamente porque no se encontraba donde estaba ahora). ¿Adónde habían ido desde el motel?

—¿En qué piensas? —me preguntó Mirna acercándose tratando de no mirar hacia las muertas.

—Pienso que ellas debieron largarse del motel en la *limousine* de la mujer desconocida, y Richard fue tras ellas. Esto ocurrió antes de que yo llegara. ¡Pero sigue sin entrarme en la cabeza cómo se pudo ir Richard sin dejarme antes una nota! Bien, se largaron los tres. Y fueron a un lugar x. Allí se desencadenó la hecatombe. Intervinieron misteriosas personas. Richard, que no era un hombre dócil, tuvo que ser doblegado por la violencia, a cuchilladas. ¿Por qué a cuchilladas? Porque es un método silencioso. Por tanto deduzco que el lugar x debía ser un sitio donde se podía llamar la atención. En cambio ellas no ofrecieron resistencia. Posiblemente las narcotizaran o golpearan. Tampoco les interesaba a los asesinos que se estableciera una conexión entre los crímenes, así que a Richard lo llevaron a una oscura y solitaria calleja y allí lo dejaron, en el interior de su coche. Asalto nocturno, ¿por qué no? Y a ellas las trajeron hasta aquí en la *limousine*, las desnudaron y las

drogaron bestialmente para provocarles un coma irreversible. Orgía desenfrenada de dos lesbianas, ¿por qué no? Pero hay un tercer problema: el socio del detective. Ése puede estar enterado del asunto, puede unir los dos casos, hay que vigilarlo. Pudieron saber de mí por la cartera de Richard. O me localizaron en mi casa, o en el motel al principio siguieron mis pasos, para ver cuánto sabía. No les gustó que charlara con Percy y decidieron terminar con los dos. Percy cayó, pero yo no. Continuaron tras de mí esperando una nueva oportunidad. Pero ¿quiénes son ellos, malditos sean? ¿A quién o qué protegen?

Me quedé echando miradas furibundas a mi alrededor. Y vi el bolso.

Lo registré con cuidado, ayudándome de un pañuelo. No encontré nada significativo. Sólo pude enterarme del nombre y dirección de la mujer desconocida: Lucille Watson. Ocean Avenue. Brooklyn. Todo esto lo supe gracias al permiso de conducir.

También hallé el bolso de Ann Murray. El resultado fue desalentador.

Las ropas de ambas mujeres se encontraban tiradas por el suelo. Tampoco me dijeron nada.

Miré a Mirna. Sus bellos ojos verdegrisáceos estaban húmedos.

—Salgamos de aquí —dije.

Fuimos al *living*.

Entonces ella ya no lo pudo soportar más y rompió a llorar, arrojándose a mis brazos.

—¡Joe...! —gimoteó.

Nos quedamos abrazados unos instantes, ella llorando y yo pensando. Cuando Mirna se separó de mí, ya algo más calmada, tenía una decisión tomada.

—¿Eres capaz de quedarte aquí sola? —le pregunté mientras descolgaba el teléfono ayudándome del pañuelo.

—¿Porqué?

—Voy a llamar a la policía, rogando que le pasen aviso al teniente Mulligan, que supongo estará aún de servicio. Es su noche de guardia. Luego telefonaré a la señora Porter. Ha de saberlo. Quiero que estés aquí cuando todos ellos lleguen.

—¿Y tú?

—Voy a presentarme en la casa de Lucille Watson, a ver qué

pasa. Un palo más de ciego ¿qué importa? ¿Policía?

CAPÍTULO IX

Lucille Watson había vivido hasta esa noche en un lujoso edificio que daba al Prospect Park. En cada planta sólo había un piso. Y éste, por tanto, debía ser enorme.

El edificio aquel podía costearse un conserje de noche y por tanto no encontré inconveniente para pasar del portal.

—Busco a la... señorita Watson —me decidí al fin por señorita.

—Planta quinta. Pero no está.

—¿Ah, no? —Me hice el sorprendido.

—Salió.

—¿Cuándo?

—A primeras horas de la noche. Bueno, quiero decir al momento de empezar mi turno.

—¿A qué hora exactamente?

—Sobre las nueve y media.

Coincidía.

—Pero supongo que habrá alguien más arriba.

—La doncella, sí.

—Entonces subiré y la esperaré. Ya sé que no son horas, pero el asunto es importante.

—Muy bien, señor.

Me acompañó hasta la cabina del ascensor y muy gentilmente me facturó hacia arriba.

Ya ante la puerta número cinco tuve que hacer sonar varias veces el carrillón. Al final me abrió una muchacha somnolienta envuelta en un batín.

—¿Quién es usted? ¿Qué desea?

Parpadeaba mucho al hablar. Aún no se acostumbraba a la luz.

Le enseñé mi credencial de investigador privado. Como supuse que no iba a verla bien, le leí los datos.

—¿Qué ocurre? —preguntó de inmediato—. Oír hablar de

policías o de detectives privados es pensar inmediatamente en un suceso desagradable. ¿Cuál?

—La señorita Lucille Watson ha sido asesinada —se lo solté abruptamente.

—¡No!

Después del desgarrador grito se me quedó mirando muy fijamente.

—¿No me engaña? —agregó.

—Desgraciadamente, no.

—¡Oh!

Y ahora sí rompió a llorar. La consolé entrando hacia dentro. Ella se dejaba llevar, y yo así logré llegar hasta un fastuoso salón.

—Síntese —le dije.

Ella me obedeció como una buena chica. Parecía que le hubiera propinado un mazazo y estuviera a mi completa merced. El extraño había pasado a ser el dueño de la casa y ella un mero figurín lloriqueón.

—Mira, muchacha, comprendo tu estado de ánimo. Supongo que le tendrías afecto a tu patrona, pero yo tengo prisa. He de saber algunas cosas. Tienes que ayudarme para que pueda encontrar a sus asesinos.

—¿Por qué tiene ese interés? —Alzó la mirada para encararme—. No creo que fuera amigo de ella...

—No, no lo era. Ni siquiera la conocía.

—¿Entonces...?

—Junto a ella ha aparecido una joven también asesinada —yo hablaba de asesinatos la mar de convencido, pues eso habían sido para mí las muertes de Ann Murray y Lucille Watson—. Esa joven era hija de mi cliente. ¿Entiendes ya la relación?

Asintió con la cabeza. Yo agregué:

—¿Sabes qué iba a hacer esta noche tu patrona?

—No me lo dijo exactamente. Supongo que irse con alguna chica...

—¿«Irse con alguna chica»? —pregunté remarcando las palabras.

—Sí.

—¿Era lesbiana?

—Sí.

—Vaya, vaya.

—Tal vez se fuera con esa chica de la que usted acaba de hablar.

—Tal vez, sí —cabeceé—. ¿No sabes con qué chica exactamente?

—No. Ella no tenía ninguna chica fija. Bueno, me tenía a mí —de nuevo arreció en el llanto—. Pero de vez en cuando le gustaba variar. Se buscaba chicas para una noche o dos, no para más...

—Entiendo. Dime, ¿quién era Lucille Watson?

—¿Qué quiere decir?

—Quisiera saber su ocupación, su manera de vivir...

—¡Oh! ¡Ella lo tenía todo resuelto! ¡Sus padres le dejaron una inmensa fortuna! Sólo se dedicaba a vivir... a su manera, claro.

—¿Tenía enemigos?

—¿Ella? ¡Imposible!

—¿Nadie la quería mal?

—No. Era muy generosa.

—¿Últimamente estaba preocupada?

—Que yo sepa, no.

Ahora se enjugaba las lágrimas con un pañuelito. Yo continuaba de pie disparando mis preguntas.

—Tú tenías relaciones íntimas con ella. Eso me has insinuado antes, ¿no?

—Sí.

—¿No te comentó tener algún problema?

—No, no. Ella vivía muy feliz. Sólo aspiraba a gozar de la vida... a su...

—A su manera, claro. Ya lo dijiste antes... Haz el favor de fijarte en esta foto. ¿Reconoces a esa chica? —le pregunté mostrándole el retrato de Ann Murray.

—No.

—¿Te suena el nombre de Ann Murray?

—No.

—Bien —exclamé, y me quedé pensando qué decir a continuación. Lo encontré—: ¿Cómo buscaba a las chicas?

La doncella se encogió de hombros.

—Creo que telefoneaba —añadió.

—¿Telefoneaba y establecía una cita?

—Creo que sí.

—¿A quién telefoneaba?

—Nunca me lo dijo.

—¿No se lo preguntaste alguna vez? ¿No sentiste curiosidad?

—Jamás me he metido donde no me llaman.

—Ya. Es una buena regla para no perder un puesto. ¿Te parece que registremos sus cosas?

—Yo... yo creo que no estaría bien...

—¿Por qué?

—Ella... recién muerta...

—Más a mi favor. Ella no va a protestar.

Metí la pata. La chica estalló en nuevos sollozos. Mientras se calmaba, eché mano de la libreta que había visto junto al teléfono. Habíamos hablado que ella concertaba sus citas por el teléfono. Tal vez allí hubiera apuntado algo. Fui repasando los nombres uno a uno, con sus direcciones y sus teléfonos. No me decían nada.

Hubo algo que llamó mi atención. Ocurrió al llegar a la letra G. En la página anterior había varios nombres, con la dirección y el teléfono, como había sucedido hasta entonces. Pero en la página posterior no. En la página posterior sólo había números telefónicos. Y lo más curioso: todos estaban tachados excepto el último.

Aquello me dio que pensar mientras seguía repasando los nombres de las siguientes letras, H, I, J, K, L, M... No, no había ninguna Ann Murray... N, O, P... hasta llegar a la Z.

Decidí preguntarle a la doncella. Así, de paso, se distraería.

—¿Sabes lo que significa esto? —Le enseñé la página posterior correspondiente a la letra G.

La observó con ojos curiosos. Luego negó con su cabecita, y al sacudirla, un par de lágrimas saltaron al papel, mojándolo.

Medité nuevamente. No encontré nada. ¿Por qué ninguno de aquellos teléfonos tenía nombre ni dirección? ¿Por qué todos estaban tachados excepto el último?

Pensé en llamar. Pero si aquello significaba algo, una llamada a ciegas podía provocar la desbandada. ¿De quién? ¿De qué? ¿Por qué? Todo eran piezas sueltas pululando locamente por mi cabeza, sin lograr unirse las unas a las otras para formar el rompecabezas deseado.

—Vamos a registrar sus cosas —dije con voz autoritaria, y la chica fue incapaz de decirme no.

Ella me introdujo a través de aquella enorme casa. Abrimos

armarios, registramos ropas, leímos cartas, escrutamos rincones, arramblamos con todo aquello que podía significar algo... Y no conseguimos nada. La miré desalentado y exclamé:

—¡La suerte no está con nosotros, muchacha!

Ella me devolvió una mirada llena de tristeza. Mis ojos se debieron abrir lo menos un palmo.

¡Había dicho muchacha!

¡Muchacha!

¡Muchachas!

¿Qué era lo que buscaba Lucille Watson por las noches, cuando deseaba variar?

¡Muchachas!

¡Ahí estaba la explicación de la letra G! [1].

No, la suerte no la tenía del todo en contra. Había encontrado al fin algo. Un teléfono.

CAPÍTULO X

Había un gran alboroto en el piso de la señora Dora Porter. Los detectives del teniente Mulligan iban y venían, la madre de Ann Murray lloraba desconsoladamente, acompañada por Mirna Cassidy, el fotógrafo y el forense cumplían con su misión... y un hombre alto y pálido, apoyado en la jamba de una puerta, llamó mi atención. Parecía visiblemente afectado. Fumaba nerviosamente y su mirada estaba fija en el suelo.

Nada más verme, el teniente Mulligan se acercó a mí.

—¡Qué noche, muchacho! —exclamó.

—Ni que lo digas.

—¿Por dónde andabas? La chica no quiso decirme nada.

—Fui a casa de Lucille Watson, para ganar tiempo.

—¿Y?

Dudé un instante. No, aquel trabajo era para mí. Los asesinos de Richard la iban a pagar. Yo iba a ser su juez y su verdugo.

—Muy poco. Estuve hablando con la doncella. Lo único claro es que Lucille Watson era una lesbiana. Y además una mujer rica.

—Buscaba chicas, ¿no?

—Sí.

—Lo clásico. ¿Crees que Ann Murray se dedicaba a la prostitución?

—Tal vez. Supongo que no te habrás creído que esto ha sido accidental...

—Por supuesto que no. Por medio está el asesinato de Richard.

—Es lo que yo pensé. ¿Qué tal te fue en el motel?

—Todo normal. Tal como tú me lo contaste. Es evidente que del motel ellas fueron a algún lado, y Richard fue en su persecución...

Más o menos me dio la misma explicación que yo le había dado a Mirna hacía un rato.

Mulligan se fue con sus detectives y yo entonces me acerqué a

las dos mujeres.

—Lo siento, señora Porter —dije.

La madre de Ann Murray me miró entre las lágrimas. Fue incapaz de pronunciar palabra. Mirna Cassidy se me quedó mirando interrogativamente.

—Tenemos que hablar a solas —le dije.

—¿Ahora?

—Sí. E incluso irnos.

—No la puedo dejar sola...

Dora Porter no escuchaba la conversación. Se limitaba a llorar sobre un hombro de Mirna.

—Tengo algunas ideas —susurré—. Creo estar en el buen camino. Y necesito tu ayuda.

—Ya. ¿Averiguaste algo?

Observé que nadie nos escuchaba. La señora Porter no contaba. Estaba en otro mundo, tal vez soñando con los días felices pasados con su hija.

—Sí.

—Está bien...

—Por cierto, ¿quién es ese hombre? —Reparé de nuevo en el tipo alto y pálido, muy bien vestido, que parecía completamente abstraído de cuánto sucedía a su alrededor.

—Lewis Cavanagh.

—¿El padre de Ann?

—Sí.

—¿Cómo lo ha sabido?

—Le avisé yo —intervino entonces la señora Porter. Pues sí estaba escuchando. ¿Cuánto habría oído y entendido de nuestra anterior conversación?

—¿Por qué?

—Ya que nunca se preocupó de ella, ni quiso reconocerla como hija suya, creí oportuno que supiera que Ann había dejado de existir. Que la pobrecilla se ha ido al otro mundo sin haber conocido personalmente a su padre, sin que éste hiciera nada por ella, ni siquiera un contacto amistoso. Ser padre es muy fácil, sólo basta un impulso sexual, ¡pero qué difícil es cumplir como padre!

La señora Porter hablaba muy rápidamente, con gran énfasis, sorbiendo sus propias lágrimas.

—Parece muy condolido —observé yo.

—Desde que habló con el teniente Mulligan para conocer los detalles —me dijo Mirna— perdió toda la arrogancia que demostró al aparecer en escena. Ha permanecido silencioso ahí todo el rato, fumando.

—Es triste tener una hija y sólo verla el día de su muerte.

—Por lo menos ha demostrado tener más sentimientos que hace veinte años —dijo la señora Porter—. Debe ser que cuando uno envejece, se hace más sentimental.

—Sí. Posiblemente sea eso —convine yo.

—Señora Porter...

—Dime, hijo.

—¿Le importa que la dejemos sola?

—En absoluto. He oído antes sus palabras, señor Coburn —me miró—. Siga adelante. Encuentre a los asesinos de la pobre Ann.

Le aguanté la mirada. Mirada de madre hundida, destrozada por un grupo de canallas anónimos que yo pensaba desenmascarar.

—Le pagaré, señor Coburn.

—Esto es gratis, señora Porter. El asunto también me afecta ahora a mí.

—Suerte.

Ésa fue su última palabra. La dejamos allí con sus recursos y su amargura. Pasamos ante Lewis Cavanagh, que había llegado tarde, como le ocurre siempre a los grandes hombres de negocios cuando se trata de hacer el bien al prójimo, y nos escabullimos del piso procurando que el teniente Mulligan no nos viera.

Bajando en el ascensor le expliqué a Mirna todo lo que sabía y todo lo que había deducido.

—¡No puedo admitir que Ann perteneciera a una organización de prostitución! —me dijo muy airadamente ya en la calle.

—Me temo que así es.

—¡Y menos que fuera una lesbiana!

—Lucille Watson lo era.

—¡Oh, no! ¡Todo esto es demasiado horrible!

—Hay verdades horribles, cariño. Lo que pasa es que casi nadie quiere admitirlas. La gente prefiere vivir con las pequeñas verdades cotidianas.

—¿Acaso los criticas?

—Los critico, sí, pero también los comprendo. La mayoría de las personas son seres humanos débiles, frágiles, con inteligencia mediana. Si aceptaran las verdades horribles de esta vida, se sumergirían en un pozo de amargura y desesperación del que serían incapaces de salir. Por ello, viven de espaldas a esas verdades. Es una situación de defensa para poder subsistir más o menos alegremente. De todas formas, dejemos este tema y vayamos a lo que interesa.

—¿Qué quieres de mí?

Ya habíamos montado en mi coche y abandonábamos Greenpoint.

—Iremos a tu casa y desde allí llamarás por teléfono al número que he conseguido.

—¿Y qué voy a decir?

—Lo que supongo decía siempre Lucille Watson. «Quiero una chica».

La cita, era en el cruce de la Avenue U y West Street. Mi reloj de pulsera marcaba las cinco de la noche.

Mirna se encontraba sentada ante el volante de mi coche y yo agazapado detrás, revólver en mano.

La conversación por teléfono había sido sencilla y rápida.

—Quisiera una chica... Una amiga me ha dejado plantada al salir del *night-club* y necesito...

—No se preocupe, nuestro servicio es permanente. La complaceremos. Nombre y dirección, por favor.

—Mirna Cassidy. 70th Strett. Bensonhurst. Brooklyn.

—Muy bien. Dentro de cinco minutos pongamos en... en el cruce de la Avenue U y West Street. Allí obtendrá los demás datos y podrá seleccionar su chica. Adiós.

—Adiós y gracias.

Y allí estábamos, esperando.

Ustedes se preguntarán cómo pueden existir cosas así. Todo parece tan sencillo y tan estúpido a la vez... Existen porque los que lo conocen bien son del lado de los que viven del negocio, o bien son del lado de los que disfrutan del negocio proporcionándoles el medio de vida a los otros. Cuando alguien ajeno al negocio se entera de la cosa, bien se le soborna, bien se le elimina. Y aquí no

ha pasado nada. El mundo sigue dando vueltas, la gente sonríe y viva Dios.

Mirna estaba nerviosa, notaba su respiración agitada. De pronto escuchamos el motor de un coche —el tráfico era prácticamente nulo a aquellas horas— que pasó lentamente junto a nosotros y aparcó dos metros más adelante.

—Sólo va un hombre —me susurró Mirna—. Ahora se baja. Lleva algo en la mano, parece una carpeta. Se acerca. ¡Oh, espero hacerlo bien!

—Tranquila, nena. En cuanto se suba al coche, es mío.

No tardé nada en oír su voz.

—Buenas noches.

—Suba —le invitó Mirna.

Lo hizo, sentándose junto a ella. Dejé correr unos segundos para ver cómo se encarrilaba la cosa.

—Su nombre no estaba en nuestros ficheros. Es usted una nueva cliente.

—Sí. —Y ella se adelantó a la siguiente pregunta, tal como yo le había indicado. Es la única forma de demostrar serenidad y aplomo —: Me proporcionó el teléfono un señor del *night-club*. No recuerdo su nombre...

—Sería uno de nuestros representantes. Bien. Aquí tiene el catálogo con las chicas. Escoja y yo le diré si está libre. La llamaré a ella y estableceremos la cita en un lugar discreto. Así es como actuamos. ¿Le parece bien?

—Sí, sí...

—Vaya mirando, entonces.

Creí llegado el momento de actuar.

—Y tú mírame, palomo —le dije colocándole el cañón de mi revólver en la nuca. Se estremeció como una hoja expuesta al viento —. Bájate del coche, Mirna, y ve al suyo. Regístralo.

Mirna me obedeció al instante, dejando sobre el asiento el catálogo.

—Ahora vamos a charlar tú y yo, amigo —le dije— y no trates de jugármela porque esta noche me siento con ganas de matar. Avisado estás.

—¿Quién... quién es usted...? —Logró articular al fin—. ¿Policía...?

—No.

Creí advertir en él un ligero alivio.

—Detective privado —agregué—. Y me interesa mucho este negocio. ¿Cómo funciona?

—Yo...

—Tienes que hablar, amigo. O hablas, o te quedas tieso en esta calle. No estoy para bromas o balbuceos estúpidos. Quiero la verdad, y para ello vas a empezar a contarme cómo funciona esta organización de prostitución a gran escala.

—No sé mucho...

—Adelante con lo que sepas. No seas tímido. Recuerda que esto es un revólver que escupe balas que matan.

—Usted lo ha dicho. Esto es una organización de prostitución.

—¿Sólo para lesbianas?

—No, no. Las lesbianas son una mínima clientela. La mayoría la forman los hombres.

—Ya entiendo. Ustedes tienen un amplio catálogo de chicas y se las ofrecen a todo aquel que está dispuesto a pagar. Sea hombre, mujer o extraterrestre si se diera el caso.

El tipo cabeceó, asintiendo.

—Y tienen una red de voceadores del negocio que van por los lugares de coqueo buscando clientela. Son los que estudian al cliente y si lo encuentran de confianza y con dinero, le proporcionan el número telefónico. ¿Es así?

Nuevo cabezazo.

—Muy bien. Ahora hágame de las chicas que forman parte de ese catálogo. ¿Quiénes son?

—La mayoría prostitutas.

—¿Qué quiere decir eso de la mayoría?

—Bueno, hay algunas que no.

—¿Qué son esas algunas?

—Chicas normales.

—Normales, ya salió la palabra. Veamos: ¿conocías a una joven llamada Ann Murray?

—Sí. ¿Por qué dice conocía?

—Ella está muerta.

—¡No!

—Oh, vamos. ¿Me quieres hacer creer que no sabes nada?

—¡Se lo juro! ¡Mi trabajo sólo consiste en establecer contacto con el cliente para proporcionarle los datos!

—Dejemos eso ahora. ¿Ann Murray está incluida en ese catálogo?

—Sí.

—Era una de las chicas normales, ¿no?

—Sí.

—Explícame ahora el significado real de «chicas normales».

—Bueno, hay que buscar una variedad. No se pueden tener siempre las mismas chicas. Y renovar las prostitutas constantemente es muy difícil. Por tanto, se buscaban chicas corrientes, de la calle. Tienen un *gigoló* contratado que...

—¡Espera! ¿Ese *gigoló* se llama Percy?

—No lo conozco personalmente. Creo que sí. Creo haber oído llamarle Percy a los otros.

—Sigue.

—Pues bien, ese *gigoló* se encarga de enamorar a chicas del tipo que ya le he hablado antes, normalmente vírgenes, se las lleva a la cama, se les hacen fotos con cámaras ocultas, luego él las abandona...

—Y entonces aparecen los otros, que la convencen para engrosar el catálogo. Es fácil porque se trata de una chica humillada y hundida y porque se tienen contra ella pruebas impúdicas.

—Y además se les ofrece dinero por cada prestación —añadió el tipo por su cuenta, sin que yo le preguntara—. Es una forma de tenerlas más cogidas y también de darles una satisfacción, para que no se sientan totalmente chantajeadas.

—¡Qué hijos de puta! —exclamé despectivo.

Se hizo una breve pausa originada por la aparición de Mirna.

—¿Qué? —le pregunté.

—Nada.

—Permanece ahí, vigilante.

—Sí, Joe.

—Tú —me dirigí al tipo de nuevo—, vayamos ahora con el sistema de contacto. O mejor dicho, con tu trabajo.

—Sí, sí... Verá, el cliente llama al teléfono de la semana o del mes...

—¡Eh! —le interrumpí—. ¿Qué quieres decir?

—Normalmente, cada cierto tiempo, cambiamos de lugar y de teléfono, por tanto. Es una precaución para evitar problemas o malos acontecimientos. Burton y yo vamos por ahí alquilando cuartuchos que tengan al menos teléfono, que es lo que nos interesa. Por supuesto, cada vez que cambiamos de teléfono, se lo comunicamos a nuestra clientela.

Las cosas se iban aclarando: el papel de Percy en el asunto, el porqué de tantos teléfonos tachados en la libreta telefónica de Lucille Watson...

—¿Quién es Burton? —le pregunté.

—El que atiende el teléfono. El recoge la llamada del cliente y establece la cita en un lugar cercano a su casa. Allí acudo yo con el catálogo. El cliente escoge la chica. Si ésta está ocupada, ha de elegir otra. Entonces yo le telefono desde una cabina cercana y concerto el punto de reunión. Se lo comunico luego al cliente, él me paga el setenta y cinco por cien de lo estipulado y se larga a reunirse con la chica. Luego, cuando termina la prestación, le abona a la chica el veinticinco por cien restante, que es el sueldo de ella, sea prostituta o de las otras. Y ahí termina todo.

—Ajá. Entonces vayamos con lo que más me interesa. Lo sucedido esta noche. ¿Qué ocurrió con Ann Murray y una cliente llamada Lucille Watson?

—¿Ann Murray y Lucille Watson?

—Eso he dicho. Y no me digas que no sabes de qué hablo porque te rompo un hueso.

—Sí, sí que lo sé.

—Adelante con la historia.

—Bueno, yo sólo sé que las cité...

—¿Dónde?

—En un motel, como siempre.

—¿Cuál?

—The Blue Bird.

—¿Seguro que allí?

—¡Claro! ¡Es uno de los lugares de reunión!

—Explícate.

—Yo tengo tres moteles señalados para las citas. The Blue Bird, en Rockaway Beach. The Ocean, en Coney Island. Y The *Country*, en Hammels. Para cada uno de ellos tengo asignadas seis cabañas.

En el primero, de la cinco a la diez. En el segundo, de la ocho a la trece. En el tercero, de la diez a la quince.

—Hagámoslo más claro. ¿Cómo se estableció la cita de Lucille Watson y Ann Murray?

—Lucille Watson escogió a la chica. Yo le telefoneé para saber si podía salir esta noche. Me dijo que sí. Yo le repliqué que la cita sería en el motel The Blue Bird, en la cabaña número diez, esto se lo transmití a Lucille Watson.

¡Diablo, ahora entendía por qué Lucille Watson había ido directamente a la cabaña número diez!

—Pero todo esto significa que los del motel están en combinación. Si no, esas cabañas que antes me has señalado podrían no estar libres.

—Supongo que sí.

—¿Cómo que supones? ¿No lo sabes?

—No a ciencia cierta. Yo no hago preguntas. Realizo mi trabajo y cobro. Nada más si capto algunas cosas sueltas, eso más que sé.

—¿Y quién es tu jefe?

—Un tal Clarence Brannigan.

—¿El se entiende con Burton y contigo?

—Sí. El nos lleva todas las cuentas, y también nos da las órdenes.

—¿Cómo lo puedo localizar?

—Está fuera.

—¡No me mientas!

—¡Le digo la verdad! ¡Se lo juro!

—¿A dónde se ha ido?

—A New Haven. Un par de días. Pero no sé por qué.

—¿No conoces a nadie más, excepto a ese tal Burton, tu compañero de cuartucho?

—Bueno, sé algunos nombres de los que buscan clientes por los bares, salas de fiestas y demás. Pero de poco le servirán. Saben menos que yo.

—Ya veo.

—¿Qué piensa hacer? ¿Entregarme a la policía?

—Estoy reflexionando. Está claro que alguien del motel tiene que ver en esta organización. Tal vez la chica de la taquilla, que no adjudica esas cabañas marcadas si no aparece una de las muchachas

del catálogo. ¡Tiene que ser eso!

—Supongo que sí —repitió el tipo.

—¿Hay alguna contraseña especial?

—Bueno, la chica solicita la cabaña que yo le indico. O sea, en el caso de Ann Murray, ella se presentaría allí y pediría la cabaña número diez. Luego llegó la clienta, que fue directamente allí.

—¿Y por qué al momento se largaron de allí? —le pregunté.

—¿Qué se largaron del motel? —se extrañó el tipo.

—Sí.

—No lo entiendo.

—Y o tampoco, a menos que...

—¿Qué?

—Que realmente no se fueran de allí, que ocurriera algo extraño y que mi socio fuera descubierto cuando vigilaba la cabaña.

—No sé de qué habla...

—Yo me entiendo. Podría ser que no hubiera lugar x. Podría ser que todo sucediera allí, en el motel. Y cuando yo llegué, la escena había sido limpiada.

—¿A dónde va a parar?

—No lo sé exactamente. Pero lo voy a averiguar. En ese motel deben saber más de lo que aparentan.

—Mire, yo...

—Cállese.

Asomé la cabeza por la ventanilla y llamé a Mirna. Acudió al instante.

—Dime, Mirna: ¿estás completamente segura que Ann no era lesbiana, ni siquiera bisexual?

—Pondría una mano en el fuego.

—Muy bien. Dime tú, pájaro, ¿le dijiste a Ann esta noche que iba a tener como cliente a una mujer?

—Pues... no. Del cliente nunca se habla.

—Tal vez recuerdes las anteriores citas de Ann Murray. ¿Fue alguna con una mujer?

—No sé. Me es imposible recordar.

—Bien. Creo que tengo la causa.

—¿Qué causa, Joe? —preguntó Mirna.

Primero le puse en antecedentes. Luego contesté a su pregunta, sin quitarle ojo al tipo:

—Un escándalo. Recuerdo que Richard me dijo por teléfono que iba a acercarse a la cabaña a escudriñar. Por otro lado imagino que en cuanto Ann vio aparecer por la puerta a Lucille Watson puso el grito en el cielo y dijo que por ahí sí que no pasaba, por mucho chantaje que le hicieran o mucho dinero que le ofrecieran. Entonces debió acudir alguien...

—¿Y ese alguien cómo sabía lo que estaba ocurriendo?

—Muy fácil. Micrófonos ocultos. Esas cabañas están marcadas para estas citas, por tanto no es extraño que también estén vigiladas. Alguien debe vigilar si todo transcurre normalmente.

—Y al escuchar el escándalo, acudió a la cabaña.

—Sí. Y entonces descubrió a Richard, tal vez interviniendo ya en la escena de las dos mujeres. Lo tuvo que matar, y como ellas eran testigos también pensó en eliminarlas. Algo de esto debió ocurrir.

—¿Y cómo lo vas a demostrar?

—Repitiéndolo.

—¿Qué? —saltó el tipo.

—Tú vas a colaborar.

—Oiga, yo...

—Calla y obedece.

—¿Qué te propones, Joe? —me preguntó Mirna.

—El va a hacer lo que hizo a principios de esta noche con Ann Murray y Lucille Watson. Vamos, escoge una chica y llámala, citándola en The Blue Bird. Iremos a esa cabina de ahí enfrente.

—¿No creas que es mejor que intervenga la policía?

—Aún no he dado con los asesinos de Richard. Éste no es más que un muñeco. ¿Qué...? ¿Ya la tienes?

—¿Le... le parece bien ésta...? —le señaló una a Mirna. Ésta no dijo nada.

—Vamos afuera.

Bajamos del coche y cruzamos la calzada. Los dos nos metimos como buenos hermanos en la cabina telefónica. El marcó un número.

—¿Betsy?

—...

—Siento despertarte, pero hay trabajo. Supongo que te interesa.

—...

—Ja, ja. Ya lo sabía yo. El dinero te tira demasiado.

—...

—Hoy será en The Blue Bird, cabaña número seis.

—...

—Adiós, muñeca.

Colgó. Me miró.

—¿Satisfecho?

—Sí —contesté, y le arreé un culatazo en la cabeza. Se derrumbó como un pesado fardo.

Descolgué el auricular, introduje unas monedas y marqué el número de la policía: el 911.

Hasta que dieran con el tipo y supieran todo lo que yo sabía, habría pasado un buen tiempo. Justo el que yo necesitaba para dejar zanjado este sucio asunto.

CAPÍTULO XI

Mirna conducía. Yo iba de nuevo escondido, agazapado, tras los asientos delanteros.

Pasamos bajo el arco de entrada y fuimos hacia el *parking*. Eran ya casi las seis. Muy pronto comenzaría a amanecer. La noche se terminaba.

Estacionó entre dos coches de imponente aspecto, a una indicación mía. Bajó y cerró su puerta. Se fue caminando hacia las cabañas.

Yo aguardé unos instantes. Al fin abrí la portezuela de mi lado y salí a hurtadillas. Los dos coches que flanqueaban el mío me servían de protección. En cuclillas seguí caminando hasta salir del *parking*. No me fiaba de las gentes de aquel motel y por eso tomaba todas esas precauciones.

El lugar parecía vacío, solitario, silencioso, y sólo la luz de los grandes rótulos de neón hablaba de vida en el motel.

Ya erecto caminé decididamente hacia las cabañas. Llegué sin encontrar ningún obstáculo ante la número seis. Me imaginé a Mirna organizando el jaleo.

—¡Has caído con todo el equipo, preciosa! ¡Policía! ¡Brigada contra el vicio!

Sería un susto de órdago, tanto para la tal Betsy como para los posibles escuchas.

Y éstos no tardarían en aparecer.

Mejor dicho, ya estaban aquí.

Eran dos y venían corriendo, llamando poderosamente la atención.

Empuñé mi revólver y esperé a que llegaran ante la puerta de la cabaña.

Cuando lo hicieron, no los reconocí al fijarme en ellos. Pero sí observé que ambos iban armados. Uno empuñaba un arma de fuego

como yo y el otro una navaja de reluciente hoja de acero.

Ver aquel brillo plateado me puso enfermo. Me acordé de Richard y su salvaje muerte.

Creo que me cegué.

En vez de darles el alto, les grité como un loco:

—¡Perros!

Los dos se revolvieron a una.

Yo salí de mi escondite abriendo fuego implacablemente. Mis disparos sonaron como auténticos cañonazos en el silencio del motel.

Uno de los sorprendidos tipos trastabilló hacia atrás, golpeó con sus espaldas la puerta de la cabaña y luego se escurrió hacia abajo con la mirada ya vidriosa y dos bonitos agujeros en el pecho. Era el de la pistola, el más peligroso.

Con el otro, con el de la navaja, fui más refinado. El primer balazo le arrancó el arma blanca, el segundo le rompió una rótula, la derecha, y el tercero le atravesó un hombro. Cayó como un gusano a mis pies, porque yo, conforme disparaba, avanzaba hacia ellos.

De las cabañas cercanas ya salía gente, alarmada por los tiros. Algunos con las ropas en las manos, ya huyendo del lugar, creyendo que se trataba de una redada y no queriendo ser apresados por el compromiso en que se iban a ver a la hora de las explicaciones. No les hice el menor caso tampoco a Mirna, quien había aparecido bajo el umbral, acompañada de una muchacha asustada y semidesnuda.

Miré al caído con ojos inyectados en sangre. Le tomé por la camisa y lo icé.

—Todo ese maldito motel está podrido, ¿verdad? —farfullé.

—¿Qué...?

—Todos estáis en el asunto de la prostitución organizada, ¿verdad?

—Sí...

—La chica de la taquilla.

—Sí.

—El gerente.

—Sí.

—Lo suponía.

Lo dejé caer como si fuera un saco de patatas y no me preocupe

más de él. Por mí, que se desangrara.

—¡Joe! —gritó Mirna—. ¡Joe!

No la quise oír. Yo sólo sabía que aún me quedaba una bala en el tambor.

Entré en la oficina.

Me fui directo hacia la chica rubia de muy buen ver que atendía la taquilla.

Ella me miró extrañada de verme otra vez por allí. Me debía imaginar despistado o muerto.

Fue a esbozar una sonrisa y yo no le di tiempo. Metí la mano por el hueco y la atrapé rudamente por la pechera, sin ningún miramiento.

—Así que Ann Murray se fue al momento, ¿eh, zorra? —mascullé.

—Yo... yo... —balbuceó. Ahora me miraba ya horrorizada. Supongo que mi rostro no presentaba un aspecto muy tranquilizador.

Así que ella vino aquí a devolver la llave de la cabaña...

Se abstuvo de hablar.

Yo continué:

—Tú estabas en todo este maldito complot. Sabías las cabañas que no debías adjudicar a los clientes normales. ¡Tú también tienes la culpa de los cuatro crímenes de esta negra noche!

Y de pronto tiré hacia adelante y su pobre cabecita llena de ambiciones deshonestas, por las cuales había fomentado la prostitución organizada y ocultando asesinatos, se estrelló contra el cristal de la taquilla haciéndolo añicos. Así logré verle la cara mejor.

Dejé atrás a una chica rubia de muy mal ver y continué pasillo hacia adelante.

PRIVATE.

¡Narices!

Tiré la puerta de un patadón y otra rubia de muy buen ver me cortó el paso.

Empujón, grito, caída, revuelo de faldas, beso en el suelo. Era lo menos que podía pedir por estar al servicio de un canalla y de una canallada.

Penetré en el despacho.

Guy Hamilton ya había escuchado el pequeño escándalo y estaba metiendo la diestra donde no debía. En un cajón de su mesa.

Llegué a tiempo de hacer lo que hacen los héroes de las películas. Es decir, atraparle la mano con el cajón de la mesa.

Gritó como una mujer. Yo apreté más y entonces el grito le salió más varonil.

Con la otra mano le apunté con mi revólver. Me quedaba una bala.

—Quiero oír la historia, cerdo —exigí entre dientes.

La escuché. Era más o menos lo que había imaginado minutos antes, en el cruce de la Avenue U West Street. Había una habitación atrás, donde los dos matarifes se encargaban de escuchar todo lo que acontecía en las cabañas marcadas, para intervenir caso de surgir algún problema. Ann Murray se había rebelado, Richard había entrado al oír los gritos de ella, los matarifes habían actuado drástica y violentamente, cada uno se había largado en un coche con la trágica carga, mientras había estado en la habitación de escuchas Guy Hamilton, de donde yo lo había sacado al aparecer por el despacho, el matarife que llevaba a Richard en su coche, había abandonado éste traslandándose acto seguido a la dirección de Ann Murray en la *limousine* que había ido tras él hasta la calleja oscura, etc., etc.

—Hay otros moteles implicados —dije—. Supongo que el sistema será el mismo.

Asintió con la cabeza.

—¿Ésos tienen dueño o gerente?

—Ge... rente...

—¿Eso quiere decir que hay alguien más por encima de ustedes?

—Otra cabezada.

—¿Quién?

—El propietario de la cadena de moteles. Un importante hombre de negocios.

—Su nombre —le exigí.

Me lo dijo. No respingué, porque aquella noche, después de lo visto y oído, ya nada me podía sorprender.

—Su dirección.

También me la dio. Entonces le di las gracias regalándole mi última bala. Por Richard.

Esto no lo hacen los héroes de las películas, que siempre son unos chicos muy caballerosos, pero es que yo no era un héroe de película. Era un ser de carne y hueso. Con sus sentimientos. Y entre esos sentimientos, aquella negra noche, predominaban el odio y la venganza.

Guy Hamilton, gerente del lujoso motel The Blue Bird, quedó en su despacho con un tiro en el corazón y con su pistola en la diestra. Defensa propia, ¿no?

Salí al exterior. Aún quedaba el más hijo de perra de todos. El gran negociante. El gran magnate. El que lo mismo invierte dinero en fincas que en trata de blancas, y que luego, para Navidades, hace una donación para beneficencia porque cree que así lava todas sus marranadas del año, y sobre todo porque así fabrica su imagen de hombre generoso, amante del prójimo. ¡Oh, sí, claro que amaba al prójimo! Pero lo mismo que un ganadero a su vaca. La ama y la cuida porque ha de ordeñarla, porque ha de proporcionarle beneficios. Pero también era justo reconocer que no toda la culpa era suya (aunque era el instigador, con su maldito dinero inversor), porque también estaban los clientes, los puercos y lascivos clientes, ellos y ellas, las mismas prostitutas, ávidas de dinero fácil, gracias a su cuerpo, los policías sobornados que hacían la vista gorda... Pero aquí, en este caso, el jefe máximo era doblemente canalla. ¡Y lo iba a pagar!

En el coche me encontré con Mirna. Una Mirna asustada, patética.

Me coloqué al volante. Abrí la guantera y saqué una caja de munición. Recargué silenciosamente el revólver, ante la mirada preocupada de ella. En el motel se había desencadenado una desbandada general. La policía no tardaría en aparecer. El herido hablaría largo y tendido.

Le di al encendido cuando terminé la tarea de reponer las balas gastadas, sin cruzar palabra con Mirna, y salí de allí volando casi.

—¿Ya estás satisfecho? —me preguntó con sorna cuando íbamos por Flatbush Avenue.

—Aún no.

—¿Quién te falta?

—El más canalla de todos.

—¿Entonces ya te sentirás más hombre...?

—¡No digas tonterías! ¡La cosa no consiste en eso!

—¿En qué?

—En hacer un poco de justicia.

—¿Qué justicia!

—El sistema está tan podrido que a veces no queda más remedio que coger la pistola. La escalada de la violencia hoy día se debe a la insatisfacción del hombre. Y ésta nace de la falsedad del sistema en que vive.

—Y tú eres un hombre insatisfecho.

—Sobre todo en estos momentos, sí. Yo sólo no puedo terminar con los millones de tumores que asolan este mundo, pero desde luego sí voy a ponerle punto final a uno de ellos. Lo voy a extirpar, como diría un cirujano.

—¿No das oportunidades?

—¿No sabes que hay tumores que recidiven? Éstos son de esta clase. Buenos abogados y otra vez a la calle a hacer el hijo de perra.

—Oh, no hables así.

—¿Por qué te crees que dejé con vida a aquel matarife del motel? Ese pobre matón estoy seguro que no se salvará del peso de la ley. Es uno de los muchos desgraciados de este perro mundo, tendrá como mucho un abogado de oficio, se ensañarán con él. Como también le ocurrirá al tipo del catálogo. Y al tal Burton, su compañero. Pero a los otros, los peces gordos, no. Ésos tienen excelentes amistades y buenos abogados, de esos leguleyos hijos de perra que estudian de pe a pa el código penal no para salvar al inocente y castigar al culpable, sino al revés, para salvar al culpable y castigar al inocente. Es una forma de ser abogado hoy día; da mucho dinero.

Se hizo un breve silencio entre los dos. Atravesábamos Foster Avenue.

—Bueno —habló ella al fin—. ¿A quién vamos a buscar, si lo puedo saber?

Se lo dije. Ella se quedó anonadada, sin poder articular palabra.

Dejamos a la izquierda el Prospect Park y por fin llegamos al número de Empire Boulevard que me había dado Guy Hamilton. Vimos un pequeño gentío, un par de autos patrulla, una ambulancia...

—¿Qué ocurre, agente? —le pregunté a un *rookie* sin bajarme

del coche, un tanto extrañado.

—Ha ocurrido un suicidio. El señor Lewis Cavanagh se ha pegado un tiro en la cabeza. Circule, por favor.

Mirna y yo nos quedamos mirando. Ahora sí que era el final. Circulé.

Cuando llegamos a mi apartamento, amanecía. Ella no tenía trabajo al día siguiente y yo tampoco. Estábamos dispuestos a aislarnos completamente del mundo, aunque fuera sólo por unas horas.

Así, pues, abandonamos la negrura de la noche, durante la cual habíamos porfiado por descubrir una sucia verdad, y nos sumergimos en la luz del día, durante la cual íbamos a porfiar por descubrir la hermosa realidad del amor entre un hombre y una mujer.

FIN

**¡En calidad de novedad
exclusiva!**

M. L. ESTEFANIA



El mundialmente famoso
autor brinda a sus
lectores la posibilidad
de saborear sus mejores
relatos en las Colecciones...

**CENTAURO Y
OESTE
LEGENDARIO**

**¡Cada título, un vendaval
de emoción! Y atención:
¡Son primeras ediciones!**

*Asegure
su
ejemplar*

**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



**PRECIO
EN ESPAÑA 30 PTAS.**

Impreso en España

NOTAS

[1] Téngase en cuenta que MUCHACHAS, en inglés, es GIRLS. < <